La Ilustración Artística

Año IX — Barcelona 13 de octubre de 1890 — Núm. 459

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA TRADICIÓN, escultura de D. Venancio Vallmitjana

Premiada con medalla de primera clase en la última Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid

LA NUTRIA

(LUTRA VULGARIS)

Piel de nutria. ¿Cuál de mis estimadas lectoras no ha llevado un manguito de dicha piel ó no ha adornado con ella su abrigo de invierno? Tanto como es conocida la piel, ó á lo menos el color de nutria, tan poco lo es en general el animal mismo, que tiene que prestarla al enemigo común de todos los animales, al hombre.



LA NUTRIA

No me parece inoportuno dedicar á la nutria unos cuantos renglones.

La nutria ó nutra *(Lutra vulgaris)* es animal de rapiña y pertenece á la familia de las martas de agua, formando la especie que los naturalistas señalamos con el nombre *lutra*. «Es una marta pesada, de cabeza, cuerpo y cola aplastados,» como la describe con pocas pero muy gráficas palabras mi hermano. El cuerpo de la nutria es bastante largo, pero más ancho que alto; la cola recogida desde arriba hacia abajo y más adelgazada en la punta; la cabeza aplastada, larguilla-redonda; la boca ancha; la oreja tan reducida que apenas sobresale de los pelos, y armada de un pliegue de la piel que permite al animal cerrar el oído cuando le conviene; el ojo pequeño, pero vivo; las piernas muy cortas, y los pies dotados de una membrana que llega hasta las uñas de sus cinco dedos y hace de la nutria un verdadero palmípedo. La nutria del todo desarrollada mide 4 pies de largo, contando con la cola, cuya longitud es de 1 1/2: su altura no llega á 1 pie.

La hermosa piel, formada de espeso pelo lanudo de color pardo-obscuro y de otro más largo de color obscuro reluciente, caracteriza á la nutria como animal acuático.

No habrá río en Europa, ni en el Asia central y del Norte, en el cual no se encuentre la nutria. De los grandes ríos pasa á los riachuelos, de éstos sube por los arroyos hasta los estanques á pescar, aunque tenga que atravesar largos trechos de tierra. Habita también el mar, sin alejarse sin embargo mucho de la costa, en la cual se oculta de día, buscando de noche en el líquido elemento su comida.

En las orillas de los ríos, lagos y estanques cava desde debajo del agua largas madrigueras, que se juntan todas en una especie de cueva, su verdadera habitación, que está siempre situada á mayor altura que la de la superficie del agua, y por consiguiente en seco, á excepción de cuando hay alguna crecida mayor del río: en tal caso emigra y busca refugio en cualquier parte donde se crea segura. La nutria es más bien animal nocturno, aunque en parajes tranquilos por donde pasa poca gente sale también de día de su escondite en busca de alimento, mientras en caso contrario permanece todo el día durmiendo y no se la ve hasta después de la puesta del sol. El cazador que quiere cazar nutrias debe aprovechar las noches de luna, ocultarse cerca de sus viviendas y estar horas y horas en acecho, hasta que salgan aquéllas y se presenten á tiro en el río ó estanque. Si el disparo no la mata, sino que simplemente la hiere, aunque la herida sea grave, no cobrará el cazador la deseada pieza, porque el animal tiene la vida muy dura y consigue refugiarse en su madriguera, donde muchas veces cae muerta al poco rato.

La nutria es en el agua lo que la tan apreciada marta *(Mustela martes)* en los árboles: un animal de rapiña muy ágil, muy listo, inquieto y sanguinario, que persigue á todos los otros vertebrados habitantes del agua, lo mismo que á los cangrejos. Es muy delicada respecto á la elección de su comida, y mata por lo general bastantes peces antes de encontrar uno que satisfaga su goloso paladar. Un estanque de pesca donde se aloje la nutria queda muy pronto despoblado de peces, pues ella acaba con todos, así con los grandes como con los pequeños. Por este motivo es tan perseguida por el hombre, que con la caza de la nutria, no sólo libra de su peor enemigo sus viveros de peces, sino que además cobra una piel que se puede aprovechar todo el año, y no como la de la marta, que sólo sirve en los meses de riguroso invierno. Sin embargo, es difícil exterminar á la nutria en los sitios en donde ha sentado sus reales, pues este animal sabe muy bien burlarse de toda persecución, y además es tan fecunda que pare dos ó tres veces al año y cada vez seis ú ocho hijos.

Poco conocíamos la vida de la nutria antes del establecimiento de los jardines zoológicos. En esos lugares tan útiles para el estudio de las costumbres de los animales hemos hecho las observaciones que sobre la nutria voy á comunicar á mis benévolos lectores.

Las nutrias cogidas cuando son jóvenes se dejan domesticar fácilmente, y se hacen tan mansas que llegan á ser el encanto de sus dueños, á quienes acarician como los gatos, escuchan y siguen como perros fuera de la casa, al campo, hasta al río ó á los estanques, y trabajan por ellos pescando y trayéndoles los peces de que se han apoderado. Cogidas de viejas son como las martas, animales muy soberbios, que no sólo no se domestican nunca, sino que aprovechan todas las ocasiones para lastimar y morder. Tal mordedura puede resultar peligrosa, porque su dentadura, que se compone de 36 fuertes y bien afilados dientes, no suelta fácilmente lo que ha cogido.

La nutria es lisa, cual una anguila, muy ágil y por eso se hace muy difícil el sujetarla. Rara vez se amansa una nutria cogida en edad madura; la única que he visto estaba en el jardín zoológico de Hamburgo. Al principio se mostraba muy rabiosa, pero poco á poco cambió de carácter, y aunque no se amansó del todo, se hizo, sin embargo, tratable.

Su casa reunía todas las comodidades que una nutria podía pedir en la prisión. Consistía en un pequeño estanque con una isla en medio y cercado de una jaula redonda: en la isla estaban las madrigueras en las cuales se podía refugiar la prisionera, y desde ella un pequeño puente conducía á la orilla del estanque, que le ofrecía un paseo en tierra.

El agua misma de ese estanque circular formaba, por decirlo así, un río sin fin, no muy hondo ni muy ancho, pero interminable. Así al menos debía juzgarlo su habitante, porque una vez en el agua daba vuelta sobre vuelta alrededor de la isla, ya desapareciendo debajo del agua, ya sacando de vez en cuando su redonda y chata cabeza para respirar y sumergirse en seguida de nuevo en el húmedo elemento.

Los visitantes de aquel parque zoológico no siempre conseguían ver á la nutria; ésta metida en su madriguera pasaba la mayor parte del día durmiendo, seguramente durante las horas del mediodía. A las tres de la rarde, la hora en que se cuidaba á los animales del establecimiento que se alimentan de pescado, salía de su escondite después de haber mirado antes con recelo á su alrededor, y empezaba á dar vueltas en el estanque, fija su ansiosa mirada en la casa de donde debía salir el hombre que diariamente le llevaba la comida. Si éste retrasaba algo su salida, el animalito se ponía muy furioso, se levantaba sobre sus patas traseras, llamaba con una especie de silbido al mozo y se tiraba al agua, reconociéndola hasta el fondo para ver si por acaso encontraba algún pez en que hincar el diente. Desengañada volvía á dar vueltas en la orilla; su impaciencia crecía á cada minuto que pasaba; vuelta á sumergirse en el agua, vuelta á salir, cada vez más ansiosa, hasta que al fin aparecía á lo lejos el deseado guarda, llevando sobre su hombro el conocido cubo lleno de peces. Un grito chillón le saludaba, y ya no tenía límites la impaciencia de nuestro animalito, que se entregaba á todos los movimientos de que es capaz su ágil cuerpo, ora arrastrándose como una serpiente, ora deslizándose al arrojarse al agua como una anguila.

Tira el hombre el primer pez, vivo todavía, al agua, y tras de él se precipita la nutria, que en un momento lo coge y colgando de los dos lados de su boca le lleva á la orilla, le mata con un mordisco de sus afilados dientes y se lo come desde luego. Otros peces tira el hombre al agua, vivos los unos, muertos los demás, y todos á los pocos minutos son cogidos y llevados á la orilla, en donde reciben su correspondiente mordisco, lo mismo los vivos que los muertos, estos últimos por si acaso podían escaparse todavía.

Cuando se le echan pequeñas anguilas vivas, entonces se ofrece al espectador un espectáculo muy divertido. Como la nutria necesita de ellas lo menos una docena para que quede satisfecho su apetito, y como esas doce anguilas sean arrojadas al agua todas de una vez, hay que ver su ansia para que ni una se le escape. Con la velocidad del rayo desaparece la nutria debajo del agua y vuelve á aparecer á los pocos segundos llevando en la boca una anguila que conduce á la orilla, en donde la mata y se la come.

Terminada su faena se arroja de nuevo al estanque, sale con la segunda anguila, la mata y la deja en tierra para apoderarse de las demás. Cuando ya no se mueve nada en el agua, empieza la nutria á comer su presa, pero como la anguila tiene la vida muy dura, sucede que algunas de las víctimas que no estaban del todo muertas, empiezan á moverse y á arrojarse al agua. Tras de ellas va la nutria, y aunque haya vuelto á cogerlas todas, sigue aún dando vueltas en el estanque, para asegurarse de que no ha dejado ninguna en el fondo, y sólo cuando se ha persuadido de que ni una se le ha escapado, empieza nuestro animal de rapiña su comida formal y no la interrumpe hasta que se ha acabado el último bocado.

Mucho se ha escrito en obras de Historia natural sobre los movimientos de la nutria silvestre en el agua, sobre su manera de nadar, de sumergirse y de jugar con las olas. Toda descripción resulta incompleta cuando se ha tenido ocasión de observar dicho animal en un jardín zoológico y en jaula á propósito, como arriba hemos relatado. En alemán se llama á la nutria *Fischotter*, culebra de pez, nombre que le cuadra perfectamente, porque parece una culebra qua serpentea por el agua. No hay otro animal mamífero que se mueva con tanta agilidad en el líquido elemento como ella. Los delfines y otros peces mamíferos pueden nadar con más rapidez, las focas pueden bajar á mayor profundidad, los roedores acuáticos recorren quizás mayores distancias que la nutria; pero en agilidad, en variedad y habilidad de movimientos ésta deja atrás á todos ellos. Los movimientos que la marta noble *(Mustela martes)* ejecuta encima de los árboles, ejecútalos la nutria en el agua con una facilidad que sorprende al que la observa. La manera de precipitarse la nutria al agua llama la atención, pues lo hace sin el menor ruido, deslizándose y desapareciendo casi sin que se mueva la superficie del estanque ó del río en que se ha hundido. Cualquier ave acuática mueve más el agua y produce nadando mayor ruido que la nutria, á pesar de que ésta se mueve mucho más de prisa Generalmente nada nuestro animalito en la superficie del líquido

elemento enseñando su chata cabeza y parte de la espalda, y trazando una estela, producida por la rapidez de su movimiento.

La nutria caza entre la superficie y el fondo, serpenteando y bajando ó subiendo, según donde va la presa que persigue. Muchas veces se la ve nadar vuelta al revés, es decir, con la espalda hacia el fondo y el vientre mirando arriba. Tales ejercicios los ejecuta, no sólo con sus patas traseras, sino principalmente por medio de su larga cola, de la que se sirve como de timón. Las manos las lleva cruzadas sobre el pecho, y saca la cabeza, la boca y barba fuera del agua.

Según las observaciones que hice con la nutria del jardín zoológico de Hamburgo, creo poder afirmar que anda también por el fondo del agua en busca de alimento y que de ese modo se apodera de los cangrejos, comida muy apetecida por ella. Cuando en la citada jaula las pequeñas anguilas se refugiaban en los tubos conductores del agua, la nutria los arañaba, creyendo que así podía apoderarse de su deseada presa. Cual las martas terrestres, observa la nutria con mucha atención todo lo que pasa. Una piedrecita que caiga al agua la inquieta y no la deja tranquila hasta que ha bajado al fondo y se ha persuadido por minucioso reconocimiento de que no hay peligro. A mi hermano se le cayó un manojo de llaves al estanque de la mencionada jaula; la nutria se precipitó en seguida tras de ellas y las subió, sujetándolas con sus manos; antes de llegar á la orilla se le volvió á caer el manojo, y lo volvió á subir, hasta que le dejó caer en la red que un guarda traía para pescarlo.

La nutria, que en el agua es sumamente ágil, preséntase en extremo torpe fuera de su elemento, en tierra. Más bien que andar anadea moviendo el cuerpo al modo de los patos. Cuando quiere observar alguna cosa que le ha llamado la atención, se sienta sobre sus patas traseras y levanta su cuerpo como algunos roedores, aguantándose en esta posición por medio de su cola.

A pesar de que su oído es muy fino y su vista muy perspicaz, el olfato es su principal sentido y le sirve especialmente para descubrir la presa de que se quiere apoderar. Eso se observa en la nutria amansada lo mismo que en la silvestre, que es mirada como el animal de rapiña más delicado que se conoce en lo que toca á su alimentación.

DR. BREHM



VISITA INTERESADA, cuadro de E. Pratje

SECCIÓN AMERICANA

MI TIA MARIA

POR MISS GREENWOOD

Hay en este mundo muchas Marías; pero no sabe lo que se pierde el que no conoce personalmente á mi tía María. Voy á darte, lector mío, una ligera idea de su moral y de su físico mientras vuelve á casa. La pobre no está ya en la primavera, sino en el otoño de la vida. Tiene cuarenta y seis años. Pero no pongas gesto, ni digas que mi tía pertenece á la historia, pues te aseguro bajo mi palabra de honor, que aún es una mujer muy seductora; y puedes descansar tranquilo en mi palabra, porque es tan sólida como una columna de piedra. Sí, señor, mi tía María se conserva hoy con la belleza suficiente para llevar con gracia su nombre, el más hermoso de todos los nombres de mujer, con la elegancia necesaria para volver el juicio á media docena de *pollos*, y con la alegría y el contento indispensables para desterrar los malos espíritus del cuarto de un hipocondriaco inveterado.

Para mí tengo que en esto debe de haber algún misterio, y que no es todo debido á las dotes de naturaleza, porque si bien es cierto que mi tía fué guapísima, según dicen, cuando joven, ¡cuántas y cuántas son las muchachas que á los quince años parecen sílfides, y á los treinta diablejos con faldas!

Por lo que toca á mi tía, siempre ha sido de genio muy alegre, lo cual es cosmético más eficaz que todos los conocidos en la química; además no ha contribuído poco á esta conservación de los rasgos de su agraciada fisonomía su infatigable actividad y su verdadera y constante afición á los tranquilos y dulces placeres del hogar doméstico, que preservan á la mujer de los dispendios de hermosura que exigen las grandes reuniones y espectáculos. El secreto de su bienestar, de su contento, de su jovialidad, consiste en que toda ella es amor y siempre lo ha sido.

Porque sólo ha amado con la independencia de un corazón generoso y puro, como aman los ángeles, á cuanto ha encontrado digno de inspirar tan hermoso sentimiento; pero sin poner restricciones, sin aprisionar en estrechos límites al amor, blanca paloma que viene de las alturas del cielo, del seno del mismo Dios; sin contener jamás su libre vuelo con las severas máximas del egoísmo, sino dejándolo suelto, á su albedrío, volar de corazón en corazón, y gozándose después en verlo volver puro y contento. Sin embargo, no vayas á figurarte que mi tía es una visionaria ni una loca entusiasta; porque, gracias á Dios, el corazón y el espíritu los tiene profundamente penetrados de esa poesía verdadera, que tanto puede llamarse buen sentido como elevación y grandeza de pensamiento.

Ahora bien; después de una introducción tan larga, me parece lo mejor dejar que mi tía, por sí sola, se te revele en una carta que me escribió reservadamente el día mismo que cumplí diez y siete años, á consecuencia de cierta observación que le hice la víspera, con toda la presunción de una colegiala, sosteniendo que no se amaba real y verdaderamente sino una vez en la vida, y que el primer amor era el único que podíamos experimentar, la A y la Z de cuanto hubiéramos de saber y entender en el asunto. Tal vez te parezca la carta escrita muy á ligera; pero esa es la costumbre de mi tía, lo mismo cuando habla que cuando escribe. He aquí la carta:

«De suerte, querida mía, que tú crees imposible amar más de una vez en la vida. ¡Vaya! Pero dime, ¿cómo siendo tan niña todavía, has llegado á formarte una opinión tan profunda? Me parece que con las novelas y con los poemas, y de ningún modo con la experiencia y el estudio; por tanto, y como se me antoja que tales ideas pueden convertirse en fuente de muchos males y errores, he determinado revelarte el corazón de una mujer, lo cual es ponértelos todos de manifiesto.

»Mira, Engracia, yo he amado dos veces, primero en los albores de mi caprichosa juventud; después en edad más tranquila y reposada. Aún me acuerdo perfectamente del objeto de mi primer amor. El rostro de mi amado era sombrío y severo, de maravillosa hermosura clásica, iluminado del fuego de un carácter ambicioso y vehemente. La antorcha del genio brillaba en su fisonomía; pero su corazón era frío; nada en sus ojos revelaba la ternura del amor; jamás sonreía su boca; todo en él era varonil, reposado, altivo, soberano. Su estatura no era elevada, ni su cuerpo robusto; pero cuando se presentaba á mis ojos, me hacía el efecto de una torre, y yo bajaba mis débiles párpados, temblaba ante la majestad y el brillo de su mirada. Su voz sonora é imperiosa me hacía estremecer como el sonido de un clarín; no comprendía la posibilidad de reirse; despreciaba la dulzura; la vida no era para él sino lo que un negocio grave para un comerciante, y no aspiraba á otra cosa que á los honores y á la gloria; ni alimentaba su corazón sino es de ambiciones; ni nunca se veía más en su centro que cuando daba una gran prueba de insensibilidad.

»Este fué el hombre que buscó, ó por mejor decir, que exigió mi amor. Con los otros había yo sido siempre presumida, caprichosa, antojadiza; pero con él era sumisa y tímida, y hasta mi dignidad, esa diadema de la mujer, la ponía gustosa á sus pies; en fin, lo amaba con un amor profundo, reconcentrado, inmenso; con un amor exclusivo, que no dejaba lugar para otras afecciones ni me permitía reflexionar; y de tal modo estaban mis sentidos subyugados á su influencia, que en el fuego de mi adoración entusiasta morían de una muerte incomparablemente dulce y llena de voluptuosidad, como la de los insectos que perecen en el humo perfumado de los incensarios.

»Y así como después de haber mirado al sol su dorada imagen, permanece largo tiempo fija en nuestros ojos, así, cuando me volvía de cualquier lado, brillaba ante los míos la de mi amor. Primero hubiera confiado la Lilis de Moore sus recelos y cuidados al ángel que la amaba, que yo los míos al hombre que me pretendía; porque ¿con qué derecho podía turbar con mis quejas la sublime armonía de un alma como la suya? ¡Aún me estremezco al pensar con cuánta ligereza caí en tan ciega idolatría!

»Pero llegó un tiempo en que se apoderó de mí un cierto temor, un miedo indefinible que me puso en la situación de una persona que sueña que se pasea en el paraíso y conoce que sueña, ó que anda sobre un cristal muy delgado y siente debajo las ondulaciones del mar. Muy orgullosa estaba, es cierto, de mi amor; pero se me deshacía en llanto el corazón al pensar que, tal vez, la nueva estrella de mi existencia podría desaparecer del horizonte; que aquel rocío de la mañana de mi vida podría convertirse en una niebla que, al primer soplo de viento, desapareciese para siempre.

»Yo creo que el ángel de mi guarda me advertía. Carlos vive, y no estamos casados. Si nuestra separación hubiese sido causada por algún defecto moral suyo, me guardaría muy bien de revelarlo, porque el amor es de tal naturaleza que, una vez sentido, imprime carácter sagrado al objeto que lo produce, aun cuando se muestre indigno de él. Si hubiera cometido alguna falta, mi ternura lo habría defendido contra todos los ataques; si la sociedad lo hubiera condenado, mi corazón, al menos, le habría permanecido siendo fiel hasta la muerte; pero no, el mundo lo

contempla con respeto y admiración, y él ha llegado al colmo de sus ambiciones.

»La causa de nuestro rompimiento fué otra.

»Poco á poco había yo ido conociendo, con harto dolor, que aquel á quien había levantado un altar en mi pecho y tributaba un culto que sólo pertenece á Dios, ni me amaba ni podía tampoco amarme como yo quería ser amada. Porque si bien al principio me satisfacía el verme obsequiada por un hombre de mérito tan superior, luego comencé á suspirar por esa ternura que él no era capaz de manifestarme, por esas palabras dulces, esas suaves sonrisas, esas cariñosas atenciones de que siempre se ha alimentado el corazón de la mujer, desde el momento en que Dios la creó para amar y someterse al hombre.

»Al fin, vi claramente que Carlos era una estatua que, desde el pedestal de su grandeza, contemplaba inmóvil y frío la entusiasta adoración de que era objeto; que era una orgullosa encarnación de la inteligencia; que cuanto en él había de sentimientos humanos lo necesitaba para sí, para su propio consumo, y que no le quedaba nada para su prójimo; que el tálamo nupcial sería un ara de sacrificios para mí, una pira fúnebre, en la cual iría consumiéndose á fuego lento cuanto hubiera en mí opuesto á su naturaleza, ó que no pudiera identificarse con la suya; que mis alegrías, lo propio que mis pesares, mi vida, mi individualidad misma, deberían no mezclarse y confundirse con las suyas, sino estrellarse y aniquilarse en él; que las fuentes de mi corazón se agotarían, y quc él no tendría con qué alimentarlas; que el jardín de mi alma se convertiría en un desierto por no tener él tiempo de cultivar sus flores. No quise someterme á tan triste porvenir, y concluyeron nuestras relaciones.

»Cuando la muerte nos arrebata un sér querido, el dolor que experimentamos es inmenso; pero ¿cómo expresar el dolor que se siente al destruir de propósito deliberado un amor que, como débil planta, se apoya en aquel que lo inspira y cuya causa es? ¿Cómo expresar el martirio, el suplicio de ir arrancando uno por uno todos los brotes, llenos de savia, que se han abrazado al tronco robusto, á cuya sombra crecieron?

»Pasaron algunos años, y amé por segunda vez. Pero ¡cuán diferente era el objeto de este amor del ídolo de mi primera pasión! Eduardo reunía la seductora dulzura de la mujer á la vigorosa dignidad del hombre; tenía todas las cualidades más femeniles sin ser afeminado; su imaginación no se parecía á una de esas cultivadas llanuras que no serían nada sin el incesante trabajo del hombre, sino á las praderas del Oeste, en que la vegetación es espontánea, lozana y espléndida. Era de elevada estatura; pero no pretendía ser más *elevado* que yo; era hermoso, y su fisonomía respiraba la tranquilidad, la paz y el contento; en fin, la luz, no el fuego del genio, era lo que iluminaba su frente.

»Su caridad lo había hecho tan amado de los pobres; su carácter noble y su vida inmaculada le habían granjeado tanto la estimación de los ricos, y todos los buenos lo elogiaban tan unánimemente, que mi amor inefable no era otra cosa sino la concentración del aprecio de los demás.

»Sin embargo, pasó mucho tiempo antes de que nos amásemos, pues el germen de este divino sentimiento fué desarrollándose con lentitud, como el capullo de una flor que no debe marchitarse nunca.

»Dicen que el amor es la rosa del corazón; pero, por desgracia, ¡cuántas veces se transforma el corazón en invernáculo para precipitar su florescencia! Y si, al contrario, se dejase al sol de la naturaleza, al rocío de la inocencia y de la verdad, al cuidado de los ángeles, ¡qué placer tan grande causaría el verle crecer, el seguir el desarrollo de sus pétalos, á los cuales cada hora que transcurre va dando más perfume y más vivo colorido, hasta que la rosa se entreabre, al fin, en toda la plenitud y perfección de su hermosura incomparable!

»Nuestra vida, gracias á Dios, ha estado exenta de eso que se llama desgracias; pero hemos tenido nuestros malos ratos. Sin embargo, no podíamos quejarnos, puesto que nos consolábamos mutuamente, sobrellevándolos entre los dos. Ni tampoco podía ser de otra manera, porque esa confianza completa, absoluta, espontánea, recíproca, que nos prometimos al pie de los altares, y sin la cual el matrimonio es una mentira, ni por un solo momento nos ha faltado.

»No creas por eso que nos adorásemos ciegamente; no por cierto; nos conocíamos todos nuestros defectos, hasta los más triviales; pero á medida que uno de nosotros los descubría en el otro, los ocultaba con el negro manto del olvido, ponía sobre ellos el puro velo de la caridad y los encerraba en un impenetrable santuario.

»Al concluir, mi querida Engracia, te compararé mis dos amores. El primero era un águila enjaulada por mano inteligente, y sometida á su cautiverio; pero que aspiraba á su antigua libertad, y recordaba con placer el tiempo en que batía sus alas poderosas en la inmensidad. El segundo era un pájaro más doméstico, que se deslizaba contento en el seno de quien lo tenía preso, y plegaba sus alas con un movimiento de placer.»

De esta manera concluía la extraña carta de mi tía María, y á pesar de su sencilla elocuencia, no pudo convencerme; porque para mí era inadmisible que lo que llamaba su primer amor lo hubiera sido realmente. Mi tía no pudo acercarse lo bastante al corazón de Carlos para amarlo; y si se hubiera casado con él, habría sido como la mujer de Catón, que, según dijo su austero marido, no se permitía estrecharlo en sus brazos sino cuando tronaba Júpiter.

Lo que mi tía cxperimentó no fué otra cosa sino admiración, orgullo satisfecho, vértigos, todo lo que se quiera, excepto esa esclavitud del alma en que el esclavo besa su cadena; esa locura del corazón que el loco prefiere mil veces á estar en sano juicio. Ella tuvo la balanza en sus manos; ella pronunció la separación: ¿hubiera podido hacerlo si verdaderamente hubiese amado con la ciega abnegación, con la sublime locura de la mujer? La fuerza que sostiene y que impulsa á la mujer en casos de corazón, es las más de las veces orgullo excitado por las ofensas ó los desprecios; y mi tía no fué ultrajada ni despreciada tampoco. En cuanto á su segundo amor, nada quiero decir. Pero como me es imposible dar el nombre de amor á su primera prueba, quedo *in statu quo* por ahora.

TRADUCIDO POR M. JUDERÍAS BÉNDER

UNA BROMA ESPIRITISTA

I

PRESENTACIÓN DE TIPOS

No muy lejos de la ciudad de Vitoria existe un caserío, con honores de pueblo, cuyo nombre es..., no lo recuerdo, pero es una cosa así como Betaño ó Betoño; no, Betoño no es, pero es un nombre por el estilo.

Recuerdo que Betoño no dista de la capital alavesa más que media hora ó tres cuartos, y el pueblo á que me refiero está algo más distante: cuatro ó cinco leguas.

Los vecinos del pueblo dc... (supongamos que su nombre es Betaño) son, como todos los de aquellas tierras, gentes bondadosas y pacíficas, temerosas de Dios hasta dejarse conducir como mansísimos corderos por el pastor de la iglesia.

Por causas y motivos muy largos de contar, y que no importa callarlos, el pueblo de Betaño perdió mucha y buena parte de su fe religiosa, y negó obediencia á su buen pastor, dejando casi desierta la antes concurrida iglesia de la Virgen Blanca, patrona del pueblo.

Ocurría esto allá por los años de 1876 ó 1877, es decir, poco después de la terminación de la última guerra civil.

Una empresa, que por rara casualidad no era extranjera, estaba haciendo los estudios de una línea férrea que había de unir Vitoria con Durango.

El pueblo de Betaño, como hemos convenido en llamarle, era uno de los que se hallaban en el trayecto proyectado.

Accidentalmente residía en Betaño uno de los ingenieros de la empresa; muchacho recién salido de la escuela de caminos, de veinticinco años de edad y más alegre que unas Pascuas.

Jorge Lasala terminó su carrera de ingeniero con el número uno de su promoción; fué contratado por la empresa del ferrocarril de Vitoria á Durango con un gran sueldo, y salió de Madrid, donde había nacido y pasado los veinticinco años de su edad.

En los primeros días de su residencia en Betaño se aburrió grandemente; mas su aburrimiento se cambió en regocijo cuando se enteró de que hondas cuestiones y profundos agravios separaban al padre Félix, cura del pueblo, y al alcalde y demás individuos del ayuntamiento.

No podía decirse de Jorge que fuera uno de esos jóvenes á quienes acusan las gentes conservadoras de estar tocado del gusano repugnante del materialismo moderno. No era materialista, ni era devoto, ni mucho menos creyente, no era nada; se reía de Leibnitz, lo mismo que de Kant y Krausse, y de Hobbes y Buckner. Era un escéptico que dejaba muy atrás á Voltaire y que tenía algo de la sal cáustica de Pigault Lebrun, que aplicaba lo mismo á los que creen que *in principio creavit Deus cœlum et terram*, que á aquellos que con fuerza y materia explican la creación y defienden la teoría de la selección natural y otras zarandajas «que nadie ha visto,» según la frase de Jorge.

Aceptando, en cierto modo, la clasificación de Allán Kardec, nuestro ingenierito podía ser colocado en el grupo de los espíritus guasones. De todo se mofaba y reía, y sólo para él eran cosas cicrtas el teorema de Arquímedes, el binomio de Newton y las leyes descubiertas por Laplace.

Hizo amistades con el secretario del ayuntamiento de Betaño, y por él supo que el padre Félix y D. Nicanor, el alcalde, se miraban con recelo y hasta casi se odiaban.

Y no era, en verdad, nada extraño que entre ellos existieran estas antipatías, puesto que D. Nicanor había sido, durante la guerra civil, teniente de forales en Bilbao; y según malas lenguas murmuraban, por aquel tiempo la parroquial iglesia de Betaño había estado servida por un teniente cura, pues dió la casualidad que D. Félix necesitó ausentarse por tres ó cuatro años, que pasó, según él, en los baños de Alhama, para curarse de unos dolores reumáticos.

El odio recíproco que sentían el alcalde y el cura estuvo por algún tiempo disimulado y en estado latente, pero salió al exterior y se manifestó ruidosamente con motivo de unas elecciones para diputados á Cortes.

Salió triunfante el candidato de D. Nicanor, y este triunfo, el carácter atrabiliario del padre Félix y sobre todo las ventajillas que alcanzaba el pueblo por mediación de su diputado, hicieron engrosar el partido de D. Nicanor y disminuir el del Padre.

El secretario, D. Isidro, era un buen hombre, honrado á carta cabal, inocente como una paloma y con menos hiel que uno de estos animalitos.

Llevaba la secretaría como una seda, siendo un modelo de burócratas y de hacendistas municipales, y le sobraba tiempo para cultivar por sí mismo un maizal, un campo de habas y de patatas, que con una vaca procedente de la granja modelo de Vitoria constituían su hacienda, que consumía, tres cuartas partes en libros para su recreo é instrucción, más para ésta que para aquél, y el resto en satisfacer sus necesidades físicas, que eran muy pocas. Leche y *talos* por mañana y noche, un puchero con muchas habas y patatas al mcdiodía, sin que ni en domingos ni fiesta alguna tuviera añadiduras, como las que se permitía D. Quijote, con quien alguna semejanza tenía.

Al ingenioso hidalgo se le derritieron los sesos por pasarse las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio; á D. Isidro, por más que también pasó su vida *leendo, leendo*, como dice aquel personaje de una comedia de Serra, no se le derritieron los sesos, porque al nacer, ya derretidos los tenía.

El buenazo y cándido de D. Isidro, incapaz de matar á un mosquito, aun cuando le picara, convertíase en un chacal cuando le hablaban de los curas. Sentía las hermosas doctrinas del cristianismo y como nadie cumplía el prccepto «Ama á tu prójimo como á ti mismo;» y sin embargo, á los curas no los amaba. «Y no se me acuse ni tache de ilógico, decía un día á Lasala, yo amo á mi projimo; pero ¿es que un cura es mi prójimo?»

Al ingeniero le divertían mucho las candideces del secretario, y con él hizo amistad estrecha, pucs cncontró en D. Isidro un hombre relativamente ilustrado y de conversación amena.

Tenía el secretario una verdadera pasión por la lectura, y sin orden ni concierto había tomado ideas de aquí y de allá, y en su cerebro se había armado una madeja de ideas tan enredada, que no era posible encontrar un extremo para tirar de él y devanarla.

Los libros de caballería trastornaron á D. Quijote, que fué hombre de mucho seso; ¿cómo los libros de filosofía alemana no habían de trastornar á quien tan poco seso tenía?

La primera vez que cayó en sus manos una obra de Krausse creyó morirse de alegría. Entendió muy poco de lo que decía el libro; pero le entusiasmó todo aquello de lo inmanente, lo subjetivo, las condiciones de modalidad, etc., etc., palabras que barajaba *en redondo*, armando una jerga que él decía era más clara que la luz.

D. Isidro acabó por donde debía acabar. Un teniente de la guardia civil que estuvo de comandante del puerto de Betaño, y que aun tenía menos seso que D. Isidro, le convirtió al espiritismo, y hete aquí al secretario de Betaño hablando con Cicerón por medio de un telégrafo nuevo, las patas de un velador.

¡Cuántas conversaciones tuvieron él y su amigote el teniente con Napoleón, Pericles, Isabel la Católica, Sebastián Elcano y con Costillares; y qué buenos ratos pasaron!

La mayor pena que tenía D. Isidro es que no era buen *medium*. Á haberlo sido, ayudado de Euclides hubiera resuelto con las patas, con las patas del velador, entiéndase bien, la cuadratura del círculo, cosa que también le tenía altamente preocupado.

Ocultaba sus creencias D. Isidoro por miedo al cura y al pueblo.

–¡El pueblo!, exclamaba con entonación de orador convencido y con ademanes trágicos. ¡El pueblo, masa ignorante, que crucificó á Jesús! ¡El pueblo, ¡ah, sí!, el enemigo del progreso, el que con la pantalla de la tradición y de la *rutaina* (rutina quería decir), pretende y pretendió siempre tapar la luz de la verdad! Y ¡ah, señores!, ¿quiénes creéis que son los que forman el pueblo? ¿Tan sólo esas bestias humanas que abren el seno de la tierra con la pesada reja, ó forjan el hierro con el pesado martillo, ó arrancan de las canteras piedras y las levantan con la pesada palanca? No, no son esos ni otros que con la pesada;... pero no quiero ponerme pesado. También son pueblo, y más que pueblo vulgo, los que por sabios se tienen; los que se rieron de Colón, y dieron tormento á aquel sabio que se llamó *Galleo*, si mal no recuerdo, y que dijo *E pur si muove, E pur si muove*, que quiere decir: ¡Y á mí qué me importa! Esos también son pueblo; su ignorancia les lleva á reirse de todo, de todo... ¡Si serían capaces de reirse de mi velador y hasta de mí mismo!



UNA PARTIDA DE SACANETE, cuadro de W. Schwar

Y no se engañaba en esto D. Isidoro; capaces y muy capaces serían de reirse.

Discursos como este ó parecido pronunciaba el pobre hombre, encerrado en su cuarto á altas horas de la noche y dirigiendo su peroración á dos bustos en yeso que sobre su mesa tenía, que representaban á Séneca y Cervantes, que impávidos le escucharon hasta un día en que D. Isidro en el calor de la improvisación dió tan fuerte palmada sobre la mesa, que tambaleóse Cervantes, como si se desternillara de risa, y vino á caer sobre Séneca, á quien rompió las narices.

No se percató don Isidro del percance sufrido por el sabio, y aun creyó que el ruido que en su caída produjo Cervantes eran murmullos de admiración, que acalló diciendo:

–¡No me interrumpáis, señores, os lo ruego; dejad los aplausos, que pueden halagar al necio, mas no á mí!

El daño causado en la nariz de Séneca quedó re-

APOSENTADORES DEL EJÉRCITO RUSO EN TIEMPO DE MANIOBRAS, dibujo de Cokolobckaro

mediado con un poco de engrudo, ó por mejor decir, con un mucho, que al secarse produjo una cicatriz que parecía una corona de verrugas, y todo siguió lo mismo: D. Isidro perorando, y aprobando sus oyentes con su silencio.

Calcúlese cuál sería el asombro y el regocijo de Lasala cuando descubrió el flaco espiritista y la manía oratoria de D. Isidro.

Con disimulo y astucia procuró ganarse su amistad y se fingió tan entusiasta de Allán Kardec como él, y como él tan *clerófobo*.

Pensó para matar su aburrimiento sacar partido de aquel *ejemplar* rarísimo, como llamaba al secretario, y para ello comenzó á ensayar una farsa con su ordenanza Matías.

Pero la presentación de este personaje y lo que entre amo y criado tramaron merece párrafo aparte.

II

MATÍAS RÓDENAS

Matías Ródenas nació en Zaragoza; á los siete años quedóse huérfano, y fué recogido por unos parientes que vivían en Orense. La protección que sus parientes gallegos le dieron fué más una explotación que una obra de caridad. Matías, á cambio de una alimentación que tuvo siempre despierto su apetito y que en muchas ocasiones le hizo conocer lo que es el hambre, fué mozo de labranza, pastor, cocinero y niñero de los hijos de sus generosos parientes.

En Orense aprendió esa honradez gallega que convierte á los hombres en máquinas para el trabajo, y máquinas tan bien engrasadas, que jamás dejan oir un chirrido, junto á esa paciencia y resignación que se consuela con sólo oir las poéticas y melancólicas notas de la muñeira.

Cuando cumplió Matías los veinte años, la patria reclamó sus servicios, y él se los prestó, más que de buen grado con entusiasmo.

Con el fusil al hombro recorrió España entera. Estuvo en Cataluña con Nouvilas, en el Norte con Moriones, en el centro con Pavía. De guarnición estuvo en Málaga, Sevilla y Córdoba, y en Cataluña aprendió á cantar ampurdanesas, zortzicos en el Norte; malagueñas, polos y seguidillas gitanas en Andalucía, y como nadie, cantaba la jota de su país y la gallegada.

Al mismo tiempo tomó de todos estos países, de unos la firmeza y voluntad que nunca cede, de éstos la gracia y la malicia, y la astucia de aquéllos.

Le sobraban condiciones para crecer y ser algo, pero junto á estas buenas cualidades tenía otras que le cortaban toda carrera; era derrochador y manirroto y carecía de constancia para todo, menos para ser fiel á los hombres con quienes hacía amistad, ó á quienes el destino le unía con cualquier clase de vínculos.

Después de haber sido cuanto ya se ha dicho, fué, cuando le dieron el canuto, banderillero de invierno, comerciante ambulante de pitos á real y gaitas á dos reales, ayudante de un sacamuelas de esos que venden un ungüento hecho de todas las hierbas buenas que se crían en el campo y que curan los dolores de estómago y muelas, jaquecas, cierran las heridas y extirpan los callos. Fué también cartero durante unos meses, y por fin entró de ordenanza de Jorge Lasala.

Amo y criado se completaban, y muy pronto se entendieron.

El ingeniero se propuso divertirse á costa del secretario de Betaño, y cuando hubo ganado toda la confianza de D. Isidro y madurado un plan con todos sus detalles, llamó á capítulo á su siervo leal, como llamaba á Matías, y le habló de esta manera:

– Señor Matías, has de saber que he decidido convertirme al espiritismo, y como señor y soberano tuyo que soy, he tenido á bien ordenar que seas *medium*.

– Pues si V. lo ha decidido, cuente con que ya soy... eso.

– ¿Y sabes en qué consisten tus obligaciones?

– Haré lo que V. me mande.

– ¿Comprendes de lo que se trata?; de ser *medium*.

– Pues no veo *medium* de serlo si V. no me explica...

– Te dormirás cuando yo te lo mande y...

– Sí, señor, cuando V. no me lo mande también.

– Adivinarás los pensamientos, el pasado, el presente y el porvenir, y...

– Entendido; diré la buenaventura.

– No te adelantes y escucha.

– Escucho, pero he querido probar á V. que ya comienzo á adivinar. Usted quiere, para divertirse, que represente yo aquí una comedia de sonambulismo. Sé lo que es eso; fuí sonámbulo cuando recorrí los pueblos de la provincia de Valencia, como ayudante del doctor Ala-Key, dentista del bey de Túnez, condecorado con quince medallas de oro, plata, cobre y nada, inventor del ungüento sanalotodo, hecho con sándalo, espliego del monte Sinaí, cascarilla de arroz de la India que cura las tercianas, bálsamo de rosas del Japón que hace crecer las muelas, aceite rojo de...

– ¡Eh!, basta; veo que he encontrado lo que necesitaba. Mañana empezaremos los ensayos.

– A la orden de V., soy su servidor, sonámbulo, hipnótico y *medium*.

Rióse grandemente Jorge, y al siguiente día enseñó á su ordenanza á parecer hipnotizado, á manejar los veladores parlantes y otra infinidad de habilidades, que hicieron de él un *medium* capaz de ponerse al habla con el alma de Garibay.

Cuando D. Isidro conoció al ingeniero estaba loco como uno, y á los pocos días lo estaba como ciento. Jorge le había referido tales maravillas del magnetismo, hipnotismo y sonambulismo, que el pobre hombre soñaba que era un imán (¡qué idea se habría formado del magnetismo!), y se creía con gran fuerza hipnótica, porque todos los lunes cuando el ayuntamiento celebraba sesión se dormían el alcalde y los concejales mientras él leía el acta de la sesión anterior.

Una mañana, muy temprano, fué Jorge á despertar al inocente D. Isidro, y después de muchos preámbulos y con gran misterio le notificó un gran descubrimiento que había hecho. Matías era un *medium* de primera fuerza. En la noche anterior había conseguido Jorge hipnotizarle, y en su sueño hipnótico le había dicho que el padre Félix había recibido una carta anónima en la que se le decía que en el pueblo tomaba gran incremento la secta espiritista de la que era fundador y jefe D. Isidro.

La noticia resultó cierta en todas sus partes; como que el autor del anónimo era el mismo ingeniero.

No se sentía muy tranquilo D. Isidro, temiendo alguna barrabasada del presbítero, y aumentaron sus temores y zozobras cuando le refirieron que el padre Félix había pronunciado un sermón anatematizando á los espiritistas y dedicando al secretario alusiones muy directas.

Pronto recobró la calma y hasta se sintió feliz y regocijadísimo cuando vió que el alcalde y con él las personas de más viso del pueblo querían entrar en su secta, bien en odio al cura, bien por necedad, bien por la tendencia á lo extraordinario, sobrenatural y maravilloso que existe en todas las personas poco ilustradas.

Tomó tal incremento y desarrollo el espiritismo en Betaño, que llegó á preocupar hasta al obispo de Vitoria, quien con este motivo publicó una pastoral. Pero lo que dijo D. Isidro al leerla: «¡Pastorales á mí, á mí que ya soy pastor de la nueva y verdadera religión; á mí, al apóstol de la nueva iglesia! ¡Chilla, hijo, chilla, pero rabia!»

Las sesiones de espiritismo, magnetismo, etc., menudeaban, y crecía el número de los sectarios fervientes, merced al ingenio de Jorge y á la gracia y malicia de Matías, quien dormido adivinaba á cualquiera los años que tenía como le dijera únicamente el año en que había nacido.

El pueblo entero no hablaba de otra cosa; los más, para creer en aquellas maravillas; los menos, capitaneados por el cura, para maldecir aquellas brujerías.

Ocurrió un suceso importante que por unos días apartó la atención que tan fija estaba en las cosas extraordinarias realizadas por el ingeniero y el pícaro de su ordenanza.

Una mañana aparecieron asesinados los dueños y la criada de una posada situada á media legua del pueblo, en la carretera que une Betaño á Vitoria.

Los bárbaros criminales, en su furor no habían dejado vivos ni á los animales que en la posada había. Dieron muerte á los posaderos, á una criada, al perro, á dos gatos y á un caballo.

Aquel pueblo tan pacífico y poco habituado á estas atrocidades se indignó ante tanta ferocidad.

Los autores del crimen no habían sido habidos, como dijo *La Correspondencia* al dar cuenta del hecho.

III

MISTERIO

Por una de las callejas que dan á la plaza mayor del pueblo de Betaño, caminaba ya muy entrada la noche un hombre que por las precauciones que tomaba para que sus pasos no hicieran ruido alguno, parecía indicar que algo tenía que temer.

Ocultándose cuanto podía, arrimándose á la pared y volviéndose muchas veces para ver si alguien le seguía, llegó á la plaza, la cruzó por dos de sus lados y entró en otra calle.

Anduvo aún algún trecho, y parándose frente á una casa de buen aspecto llamó despacio, dando en la puerta tres golpecitos con los nudillos de la mano. Dió un silbido, y sin que se oyera ruido alguno se abrió la puerta, dejando ver la silueta de otro hombre que no llevaba luz alguna.

– Soy yo, dijo el primero; vengo temblando; me parece que he hecho una barbaridad.

– ¿Te ha visto alguien?

– Creo que no.

– Entonces nada temas. Además aunque te hubieran visto, no es fácil que te reconozcan con ese traje.

– Déjame entrar, que es una imprudencia estar aquí.

– Tienes razón, entra.

Entraron, cerróse la puerta y la calle volvió á quedar en silencio.

RICARDO REVENGA.

(Concluirá)

LOS AGOREROS

I

Salían de casa de Perico Fuentes, sin duda de acompañarle un rato, pues hallábase el bueno de Perico molestado por un ligero catarro, y previsora como todas las madres y aprensiva como pocas, habíale obligado la suya, con dulces reconvenciones entreveradas de súplicas, á permanecer en el lecho, mientras no desapareciesen los síntomas de la pequeña indisposición.

Dieron vuelta á la esquina que formaba la casa de Perico, internáronse en los soportales de la Rua Central, y á pocos pasos que por ellos anduvieron, detúvose D. Gonzalo, y clavando sus ojillos de zorra, grises y pequeños, en el rostro por todos conceptos menguadísimo de D. Secundino, preguntó á éste:

– ¿Qué le parece á V. de ese chico?

Encogióse de hombros el interrogado, miró á su interlocutor dando á entender que comprendía el alcance de la pregunta, y con una expresiva mueca contestó:

– ¡Pchsss!... ¿Qué quiere V. que le diga?...

– ¿Se ha fijado V. en el color?...

– Hombre, sí; el color no me gusta; me parece demasiado pálido para un catarrillo ligero.

– ¿Y aquella tos tan bronca..., tan fatigosa?...

– En eso sí que no reparé.

– ¿No?... ¡Pues si es lo que á mí me ha causado más impresión! Créame V., D. Secundino, aquella tos da á entender claramente que Perico..., en fin..., ¡quiera Dios que me equivoque!... Pero si V. se fijó en el decaimiento del pobre muchacho..., en aquella risa tan forzada, aunque él aparentase reir con toda su alma..., y en los ojos..., y en todo, me parece que estará V. conforme conmigo.

– ¿Pero V. cree que?...

– Yo no creo nada, por ahora; es decir, no aseguro que la cosa sea ya tan... ¡vamos! Pero la familia de Perico, sin alarmar á éste, bien podía avisar un médico que reconociese al chico y dispusiese lo conveniente, antes de que el mal se haga incurable.

– Quizá la familia juzgue sin importancia la enfermedad de Perico, y...

– D. Secundino, todo el mundo sabe que un catarro puede traer malas consecuencias, y que es bueno estar siempre prevenido. V. recordará, como yo, que el abuelo de Perico (que santa gloria haya) tuvo á los cincuenta años una tosecilla que le molestó algún tiempo; y cuando él y todos creían que la dichosa tos había desaparecido del todo, recordará usted también que le dije: «¡D. Fabián!, cuídese usted, que esas toses al principio parecen nada y al fin concluyen por derribar á un hombre...» Rióse de mí el buen señor, llamándome ave de mal agüero, y ¡qué sé yo cuántas cosas más!; ¡pero quién le diría que veinte años después!...

– Sí. ¡Pobre D. Fabián! Aquella congestión...

– ¡Qué congestión ni qué niño muerto! Eso dijeron los médicos... ¡Bah!, ¡bah! Si hubiese cuidado la tosecilla, como yo le aconsejaba, aún estaría tan campante y tan famoso, porque lo que es robusto era como un toro el bueno de D. Fabián.

– Y volviendo á Periquillo, interrumpió D. Secundino, ¡qué desgracia para la familia si se muere!

– Sí, en efecto; sobre todo la madre, ¡pobrecilla!, no encontrará consuelo, porque Perico es el hijo á quien quiere con más locura. Pero la verdad, aunque sea duro el decirlo: de la muerte del chico, sólo tendrá la culpa su familia... ¡Estar el muchacho tan

abandonado!... ¡sin un médico!... Y vaya V. á hacerles la menor indicación... ¡Quién se atreve!... Serían capaces de creer... ¡qué sé yo!

– Por mi parte, ¡líbreme Dios de tamaña atrocidad! Lamento la ceguera de la familia de Perico, y ó mucho me equivoco, ó me parece que no han de tardar sus padres en lamentarla también y de modo inolvidable: pero ¡buen cuidado tendré de decirles una sola palabra! Y eso que temo que la enfermedad de Perico va á ser breve, muy breve.

No dijeron más, y reanudando el interrumpido paseo llegaron al Casino, en cuyo pórtico, sentados en sendas mecedoras, hallábanse una media docena de los más ilustres zánganos de Villasombría, y allí se detuvieron para dar cuenta, sin duda, de sus impresiones sobre la próxima muerte de Perico Fuentes.

II

No se engañó en sus predicciones D. Secundino. La enfermedad de Perico fué, en efecto, breve, muy breve. Dos días después del fúnebre vaticinio, podía vérsele en la Universidad, en paseo, en todas partes, á despecho de las lúgubres profecías de D. Gonzalo y de su compañero. Yo le vi entonces, y puedo jurar que ni color pálido, ni ojos hundidos, ni decaimientos, ni nada de aquella monserga que con tan tristes colores describía D. Gonzalo se observaban en Perico. Sano, colorado, con un buen humor á prueba de malos pronósticos y tan satisfecho y alegre que daba gozo el mirarle, riendo y haciendo reir á sus amigos con las picarescas jovialidades propias de su carácter abierto y zumbón, bien hacía entender á quien quisiese entenderlo que el muchacho podría morir de cualquier cosa, menos de la tosecilla tan fatal á su abuelo.

Encontráronle los dos profetas, en ocasión en que se hallaban midiendo á lentos pasos la Rua Central, y saludáronle afables y le felicitaron por su restablecimiento.



EL MONUMENTO VISTO EN CONJUNTO



DETALLE DE LA ESTATUA QUE REPRESENTA Á ITALIA

MONUMENTO ERIGIDO EN MÓDENA EN HONOR DE VÍCTOR MANUEL, OBRA DEL ESCULTOR GHIBELLINI

Contestóles él con agrado, sí, pero impaciente, más ganoso de seguir á Juanita, una rubia como unas candelas, de ojos negrísimos, que de emprender conversación con aquel par de carcamales, enfundados en sus largos gabanes, que les daban aspecto tétrico, muy en consonancia con su carácter.

– Y cuidarse, Periquillo, que un catarro puede tener consecuencias desagradables; y aunque el de usted haya sido poca cosa..., sin embargo, no conviene abandonarse. ¡No digo esto porque V. tome aprensión!... ¡Dios me libre!..., sino porque sabe V. que le quiero, y sentiría ..

– Muchas gracias, D. Gonzalo, por su interés; pero pierda V. cuidado. Me encuentro perfectamente, á Dios gracias.

Y saludando rápido, echó á andar, sin curarse de las advertencias de aquel bolonio, que parecía complacerse en suponer á todos sus semejantes *in articulo mortis*, como si á todos esperase heredarles. Volvióse D. Gonzalo á D. Secundino, y con una sonrisilla escéptica, que contraía desagradablemente su faz, ya de suyo harto antipática, masculló entre dientes:

– ¡Sí, sí! Perico está muy confiado, pero me temo que cuando menos se piense...

– ¡Y qué extraño es se halle tan ciego, cuando su familia!... Que él se crea sano del todo, no me asombra; pero ¡su padre!...

– A su padre hablarle de que Perico no se encuentra más fuerte que un roble, es hablarle de los perros que se crían en la luna. Se ríe..., y tan satisfecho.

– No se reirá así el día en que el mal se presente con toda franqueza.

– Entonces me dará la razón, como sin duda al morir me la dió D. Fabián. ¡Bien recordaría el pobre señor lo que veinte años antes le había dicho yo, y bien se lamentaría por no haber seguido mi consejo, descuidando aquella tosecilla que al fin le llevó al sepulcro... ¡No lo dude V., D. Secundino! Aunque no soy médico, he visto mucho; y enfermo de quien yo diga «se muere,» podrá vivir algunos años, pero al fin concluye dándome la razón.

– Y hoy no tenía mal color Perico: pero ¡quién se fía!...

– ¡Qué! ¡Si venía sofocadísimo, santo de Dios!; y á pesar de eso, apenas si unas rosetillas, que también me dán muy mala espina, se le veían en la cara.

– ¡Cómo ha de ser!... ¡Pobre Periquillo!, tan joven...

– Y lo más sensible es que acudiéndole en tiempo quizás se evitaría... Por lo menos iría tirando algunos años. Pero con esa ceguera de los padres, se las liará el muchacho sin remedio.

– ¡Qué quiere V., D. Gonzalo! Pero en fin, nosotros hemos hecho cuanto hemos podido, y nuestra conciencia puede estar tranquila. Si el chico muere ya serán las ¡madres mías! de la familia..., y el lamentarse .., y nos darán la razón cuando ya la cosa esté perdida. Así fué siempre. Conque hasta mañana, si Dios quiere.

– Muy buenas noches, D. Secundino.
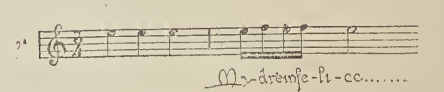
. . . .

Ahora ¡vaya V. á convencer á D. Secundino y á D. Gonzalo de que Perico, que vive, come, bebe y goza de una salud que para mis lectores deseo, no está tísico en tercer grado!

SALVADOR CABEZA LEÓN

EL DO DE PECHO

(Conclusión)

IX



(Il Trovatore, atto III.)

Doli suspiró ante el recuerdo de aquella escena terrible, y luego dijo:

– Ahora permíteme que, antes de continuar la historia, te haga, á guisa de paréntesis, digresión ó como quieras llamarlo, una confidencia artística importante. Quédese, por ahora, el cuento en tan dramática situación, y así me acreditaré ante tus ojos de artista apto para escribir folletines á lo Jerónimo Paturot. Volvamos á Milán y á la clase en que el eximio maestro *Lamperti* nos enseñaba con furibundo ceño y coléricas frases el arte de respirar, *filar* las notas, hacer mordentes y apoyaturas y demás secretos y garatusas del arte. *Lamperti* y tú habéis sido los únicos, después de Mario, que han adivinado mi actual nombradía. El célebre catedrático se esforzaba día y noche en convencerme de que yo tenía una hermosa voz y que, desechado el miedo que me obscurecía y apagaba, podía hacer con ella maravillas. Pero sus predicaciones eran inútiles. El miedo era, por entonces, la característica de mi sér. El *do* de pecho que *Lamperti* se empeñaba en que diese, se-



EN EL JARDÍN, cuadro de Gustavo Courtois, grabado por Baude



PESCADOR DE ALMEJAS, cuadro de D. Dionisio Baixeras, grabado por Baude
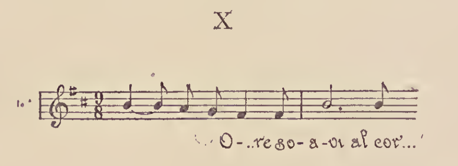
(Salón de París de 1890)

guro, como él decía, que era para mí cosa fácil, ó no salía de mi garganta, detenido allí por las férreas cadenas de la *paura*, ó si brotaba era una nota angustiosa, trémula, vacilante, como viajero que caminaba entre dos abismos, próximo á derrumbarse doquiera le empujase su mala suerte. Y es evidente que, si en clase, ante mi maestro y entre mis discípulos, la malhadada nota se hacía tanto de rogar para salir á luz, fuera de allí cualquier tentativa hubiera sido temeraria y expuesta al más horrible de los fracasos. Esta reflexión me había detenido siempre, y jamás abrigué el osado propósito de entusiasmar á un público con ese famoso *do* que hoy le enloquece y apasiona. *Lamperti* concluyó por convencerse de que mi miedo era insuperable y, aunque con pesar, me aconsejó al separarme de él que continuase siendo prudente y no me arriesgara á la peligrosa aventura de dar en público el *do* de pecho. ¿Y cómo, me preguntarás, estando vedada para ti la famosa nota, cantabas El Trovador en aquellos tiempos? Aquí de la receta artística, del camelo musical empleado por mí y por tantos otros Lidos que van por el mundo, y cuyo secreto te ruego y encomiendo que conserves. Como el miedo me impedía subir á aquellas vertiginosas alturas de la voz humana, cuando llegaba la popular *cavaletta* del aria de la ópera, el director hacía que la orquesta transportase medio tono más bajo todo el resto de la pieza, y yo, tranquilo ya con la complicidad de tanto músico, me lanzaba desde el fondo del escenario á la concha del consueta á carrera abierta, emitiendo con toda la fuerza de mis pulmones aquel *do* falsificado, que era lo único que los espectadores me solían aplaudir, tomando cándidamente gato por liebre. Me dirás que eso es una picardía, una estafa musical; que aquel *si* natural que yo daba cometía una usurpación de estado civil haciéndose pasar por un *do*; pero ¿qué quieres? De un lado está la ignorancia de los públicos que no paran mientes en esos tiquis-miquis filarmónicos; de otro el temor horrible mío que se contagiaba á la empresa, á mis compañeros, á la orquesta y hasta á los acomodadores del teatro, obligándoles á erigirse en cómplices y encubridores de mi superchería; de otro la poca piedad del que es hoy mi ilustre amigo, de Verdi, que ha escrito sus inmortales partituras – perdóname la inmodestia – para que las canten los Dolis, y no los míseros tenorcillos que las destrozan en los teatros de cuarto orden. Estas tres consideraciones me empujaban á cometer aquel fraude artístico, y el éxito con que lo repetía una y otra vez me hacía envalentonarme de mi delito. ¡Ay! Era mi único triunfo, y, por otra parte, los grandes moralistas lo han dicho: el primer paso es el que cuesta en la pendiente del crimen. Hecha esta indispensable digresión, prosigo el relato. Capítulo veintiocho. La venganza de Burrone.

Llegó la noche y la hora de la representación, y me vestí de Manrique y canté la trova entre bastidores haciendo pucheros como los chiquillos. El termómetro de mi temor había subido á cien grados sobre cero. Cuando salí, gracias á la visera calada, no vi gran cosa; pero cuando la levanté para mostrar mi irritada faz á la engañada Leonor, no sé qué misterioso imán me llevó á fijar mis miradas en el ofendido Burrone, y le vi mirarme con expresión mefistofélica, como anunciándome que la hora de su venganza y de mi desdicha estaba próxima. Palidecí. Medea tampoco las tenía todas consigo porque estaba cantando peor que nunca. Pero pasó aquel acto y el siguiente, y nada: la orquesta, sumisa y cariñosa como siempre, me seguía, velaba por ocultar mis desaciertos y realzar mis escasas gracias. ¡Ay! Era el halago del monstruo, la caricia del tigre antes de desgarrar á su víctima. El infame se complacía en infundirme confianza y ánimo, deseoso de que así la caída fuera más inesperada, más terrible, más mortal. Hubo un momento en que pensé si le habría juzgado mal, y el alma de aquel hombre sería tan grande que me perdonaría las ofensas que vomité en mi diálogo con Medea, y las castigaría con un olvido tan generoso como impensado. Mas llegaron los compases que preceden al recitado del aria de tenor, y se me apretó el corazón, olfateando la catástrofe que se acercaba. Muerto de miedo y con la frialdad mayor del mundo canté el *andante*; aquellas apasionadas notas que otras veces decía yo con tanto amor, estrechando entre las mías las manos de Medea y devorándola con mis ardientes miradas, salían aquella noche de mi garganta con la misma indiferente expresión con que un pregonero lanza á los vientos las órdenes del alcalde ó un sereno participa á los adormitados vecinos las horas que les quedan de reposo. El público comenzó á agitarse y cuchichear, presagiando futuras muestras de desagrado. Sentí que me latían las sienes y que mi pulso caminaba á desordenados saltos como caballo á quien no rige el freno. Al fin, ¡oh instante inolvidable!, sonó el acorde en que la orquesta hacía el trampantojo de bajar medio tono lo que restaba de aria, y sonó como la trompeta del juicio final en mis oídos. El infame *Burrone* había circulado, sin duda, órdenes nuevas, y la orquesta seguía tocando en el tono escrito por Verdi y conduciéndome á mí al más afrentoso de los suplicios. Miré á Medea con angustia; vi en sus ojos idéntico pavor al que moraba en los míos. Sostuve el diálogo con el mensajero que trae á Manrique tan aciagas nuevas de su madre como un sonámbulo; yo no sabía si cantaba: era como un organillo que, obedeciendo á la mano que da vueltas al manubrio, lanza notas tras notas sin conciencia de lo que hace. Lo que pasaba en escena era para mí como un sueño, una ilusión en que yo no tomaba parte. Yo no era Manrique: era el mísero Lido que iba á salir de allí silbado, pateado, arrastrado, hundido para siempre, víctima de la pérfida venganza del rencoroso director. ¿Qué me importaban á mí ni qué tenía yo que ver con las zozobras ni los sentimientos del enamorado trovador al saber que Azucena, la mísera gitana que creía su madre, estaba presa en poder de su poderoso rival? Otras angustias, otros terrores me llenaban el alma y me hacían casi perder la luz de los ojos. Cuando salieron de mis labios las primeras frases del *allegro;* cuando el *di quella pira* sonó en la sala, el público se estremeció, comprendiendo que nunca Manrique alguno había expresado mejor la pena que el amor filial le inspiraba. Había intensa palidez en mi rostro; nubes de dolor en mis ojos; lágrimas y sollozos en mi garganta. El murmullo de admiración de los espectadores llegó hasta mí y me despertó del letargo de terror que me dominaba. Comprendí que era preciso jugar el todo por el todo. El amor de Medea; el triunfo sobre mi rival; el aborto de su infame venganza; mi reputación ya tan quebrantada... Todo me empujaba á la lucha. Estaba al borde del precipicio. Era necesario intentar el salto. Llegó el instante. Cerré los ojos, hice un esfuerzo, y el *do* de pecho, el legítimo, el verdadero, el que es hoy firme base de mi celebridad, el que me profetizaba una y mil veces el maestro Lamperti, brotó de mi garganta claro, potente, sonoro, brillantísimo. Un aplauso nutrido, inmenso, interrumpió mi canto. Me sentí cambiado. Avancé saludando al público y clavé mis triunfadoras miradas en el desdichado *Burrone:* allí estaba absorto, espantado, con los ojos fuera de las órbitas y la batuta inmóvil, como muñeco al que se le acaba la cuerda. Seguían los aplausos: hice una señal con aire de dictador, y repetí el *allegro* y tornó á vibrar en mis labios la famosa nota, más enérgica, más hermosa, más pujante que la primera vez. Tenía razón mi maestro: aquello era para mí juego de niño, una nota como otra cualquiera. Cuando cayó el telón, Medea se arrojó en mis brazos y me dijo:

«¡Cuánto te amo, Giacomo!»

X



(Romeo é Giulietta, atto IV.)

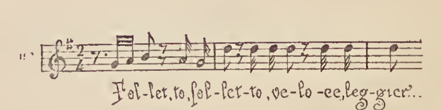
A partir de aquella inolvidable noche, comenzó para mí una serie inacabable de dulzuras y felicidades. Medea, que tenía tanto ingenio y travesura como poca voz, fué quien me sugirió la idea de cambiar de nombre y borrrar de esta suerte todas las obscuras páginas de la historia de Lido. Apenas terminó la ópera, inundóse mi cuarto de gente que acudía á sancionar mi triunfo, á estrechar mi mano, á felicitarme; mi idolatrada compañera reunió en torno suyo á los periodistas pisanos y á los corresponsales de las revistas musicales, y fraguó con ellos la conspiración que tuvo por fin el trastrueque de las sílabas de mi apellido. El nombre de Doli comenzó á elevarse en alas de la fama y á esparcirse por el mundo, unido ya para siempre á la romántica partitura verdiana, que canto cada vez con más cariño, recordando que le debo mi nombradía y mi felicidad.

No necesitarás que te diga que al siguiente día se volvió á poner en escena El Trovador y que el teatro estuvo, como no lo habíamos visto nunca, rebosando espectadores. El desdichado *Burrone* pretextó una enfermedad para no dirigir, y pocos días después volvió á alegarla para romper su contrata y alejarse de Pisa, vencido, desesperado y encorvado por el despecho. Nos pareció, al alejarse, una copia humana de la famosa torre inclinada de la histórica ciudad.

Lo que sí es preciso que te cuente es que Medea ya no opuso resistencia á mostrar públicamente su amor por mí; antes bien, pareció cifrar en ello su orgullo. Mis rivales respetaron mi indiscutible superioridad, y concluí aquella temporada mimado por el empresario, aplaudido por el público, elogiado por los periódicos é idolatrado por Medea. *¡Oh, mio caro!* El dúo de amor que Wagner escribió con el título de *Tristan é Isolda* es pálida sombra del que nosotros entonamos sin tregua ni reposo desde la noche de mi triunfo. Hasta ella, transfigurada por la pasión, cuando se puso en escena *Romeo y Julieta* sacó fuerzas de flaqueza y llegó á realizar el milagro de cantar toda la ópera sin desafinar una vez siquiera. De entonces es ese retrato que guardo como preciosa reliquia, como la imagen del ángel precursor de mis triunfos, de la diosa protectora que me infundió aliento para la lucha y la victoria. ¡Cuán divinas horas pasé en sus brazos repitiendo *sotto voce* las inspiradas frases que el amor dictó á Gounod para que las escribiera en sus celestiales dúos! ¡Cuán inolvidables las que gocé bebiendo su aliento más aromático que este delicioso café que ahora nos incita humeando en las tazas! ¡Cuán felices las que disfruté oyendo á aquella sibila enamorada profetizar mi gloria presente! Como nuevo Jason, aquella Medea me llevó á la conquista del vellocino de oro, y hoy tu amigo Giacomo Lido, el hijo del pobre gondolero veneciano, tiene una renta de príncipe, coches, caballos, joyas y una preciosa quinta en Italia, á la que, por gratitud, llamo Villa-Medea. Allí te invito á pasar unos cuantos alegres días de la próxima primavera, cuando termine mi contrata en el Real. Formarás el primero en el círculo de buenos amigos que vienen á disfrutar conmigo las delicias de mi casa de campo. ¿Y cómo no? Ellos no han concedido su afecto más que á Doli, al que se enorgullecen de llamar amigo, y tú, tú no vacilaste en ofrecérselo á Lido, que necesitaba del amor para transformarse de gusano en mariposa.

Levantóse al decir esto el gran tenor, rodeó la mesa y me estrechó de nuevo con emoción entre sus brazos. Correspondí con entusiasmo á su demostración de cariño. No cabía duda. Doli tenía un alma de artista.

XI



(Mefistófele, atto II.)

– Y ¿qué fué de Medea?, pregunté deseoso de poner un epílogo á tan soberana historia.

– ¡Medea!... ¡Oh! La realidad tiene soluciones muy cómicas, contestóme Doli riendo.

– ¿Por qué?

– Te satisfaré en dos palabras. Nos separamos en Pisa, ella contratada para Palermo y yo para Milán. No he vuelto á encontrarla. Pero año y medio después leí en la *Gazzetta Musicale* que la eminente soprano *Medea Corsi* había contraído matrimonio en Viterbo con el eminente maestro *Aristide Burrone.* Reí tan de buena gana como si leyera uno de los más atrevidos cuentos de *Messer Giovanni Bocaccio.*

– ¡Pobre Medea!, exclamé desalentado ante tan prosaico desenlace.

– ¡Y pobre Burrone!... Porque ella parecía dispuesta á ser la Julieta de todos los Romeos con quienes cantara...

– En fin, adiós, dije levantándome. Volveré á verte. Entretanto y por si te hago falta, ahí tienes mi tarjeta.

Y la dejé sobre la mesa.

Aspetta un po.. Falta la última libación. ¿No apurarás una copa de *Chartreuse* á la salud de tan ilustre matrimonio?

– Tienes razón. Venga una copa.

Llenó Doli del tan exquisito licor, brillante como oro fundido, dos copitas tamañas como dedales y las apuramos entre risas y cuchufletas.

Tras un último y amistoso apretón de manos, salí.

***

Y miren Vdes. si soy trasnochador, que aún fuí á casa de Juanito Rubio, seguro de encontrarle en pie, porque tiene, como yo, el vicio de acostarse con el alba. Y mientras saboreábamos el te ofrecido me dispuse á contarle de pe á pa la historia de Doli. Pero como Vdes. ya la han oído de labios del propio cosechero, no es cosa de volver á comenzar el cuento.

L. CÁNOVAS

SECCIÓN CIENTÍFICA

RELOJ ASTRONÓMICO UNIVERSAL DE M. A JOURDÁN

Dada la conveniencia de poder conocer en un momento dado qué hora es en un punto cualquiera del globo, y teniendo en cuenta que aunque fácil no está



Reloj astronómico universal de M. A. Jourdán.
Este reloj indica la hora de todos los países del mundo

la resolución de este problema al alcance de todo el mundo, M. Jourdán ha inventado el aparato que reproducimos y que es de indudable utilidad. Consiste en un globo terráqueo, en donde están bien marcadas las ciudades, que descansa sobre una cúpula, cuya base está dividida paralelamente al ecuador del globo en dos veces doce horas consecutivas, graduadas de Oeste á Este; la mitad de este cuadrante, el de las horas del día, es blanca, y la otra negra. El globo efectúa una rotación completa alrededor de su eje en 24 horas, gracias á un aparato de relojería, de suerte que cuando un punto del mismo se encuentra sobre su hora local, los demás están sobre la que les corresponde.

La aguja dorada L marca la hora local y corresponde á un meridiano dorado I que pasa por el lugar en que habita el observador. Para saber la hora de una ciudad, se hace girar el aparato hasta que ésta está delante del observador, se coloca el borde del meridiano M (que es móvil é independiente) en el centro de la misma y la aguja *m* de que va provisto indica exactamente la hora media de aquel punto.

Este aparato, utilizable en todos los puntos de la tierra, puede, aun sin el movimiento de relojería, facilitar los mismos datos, á excepción de la hora local, colocándolo con la mano en la hora del lugar en que se reside.

UN REFUGIO EN EL MONTE BLANCO (ALTA SABOYA)

La falta de un refugio había hecho siempre que la ascensión al Monte Blanco fuese una de las más penosas de los Alpes, y la construcción del mismo presentaba tales dificultades, que nadie se había atrevido á acometerla. Pero gracias á la intrepidez de M. J. Vallot, hoy se levanta en la roca llamada de las *Jorobas*, á 4.400 metros sobre el nivel del mar, un edificio sólidamente construído, cuya dirección corrió á cargo del referido señor, distinguido ingeniero. Las piezas, ejecutadas en Chamonix, fueron numeradas y distribuídas en cargas de quince kilogramos, encargándose gratuitamente de su transporte un centenar de guías robustos y enérgicos. El número de cargas fué de 112 para las vigas y planchas y 90 para el mobiliario, material, útiles, víveres, instrumentos científicos; estos últimos fueron conducidos á expensas de M. Vallot. El transporte de cada carga se hacía en tres días y la operación duró desde el 15 de junio á 31 de julio del presente año. Entonces empezaron los trabajos de construcción. A pesar del frío excesivo que allí reinaba, y que algunas veces llegaba á 9 grados bajo cero, los obreros (cinco hombres vigorosos, escogidos por M. Vallot) trabajaban con gran ardor y actividad: en dos días la roca quedó planificada y al tercero estaba montado el armazón, á pesar de la fuerza del viento (fig. 1). Al día siguiente quedaban clavadas las planchas del techo y de las paredes, y los trabajadores pudieron abandonar sus tiendas glaciales para dormir en el refugio.

Para que la cabaña fuese impermeable faltaba tan sólo colocar sobre las maderas anchas tiras de fieltro embreado, pero los operarios se sintieron atacados por el mal de montañas, y los expedicionarios hubieron de regresar á Chamonix el 29 de julio. El día 31 púsose de nuevo en marcha hacia el refugio la expedición, á la que se agregaron madame Vallot y Mr. Lawrence Rotch, director del Observatorio de Bluc-Hill (Estados Unidos), que había cruzado el Atlántico para examinar la organización de la estación científica del Monte Blanco.

Entonces se colocaron los fieltros embreados, se fijaron los pararrayos y se construyeron paredes de piedra alrededor de la cabaña. Terminados los trabajos, el día 2 de agosto descendieron los obreros, quedando sólo en el refugio los jefes de la expedición, quienes en medio del terrible huracán que aquella noche se desencadenó se dedicaron á hacer observaciones científicas y pudieron comprobar la solidez de la cabaña.

El día 5 regresaron los ascensionistas á Chamonix, siendo recibidos por el Ayuntamiento y entre los acordes de las músicas y las aclamaciones de los guías, de la población y de los extranjeros.

La cabaña (fig. 2) es de madera de abeto, está situada á 4.400 metros altitud y se compone de dos pequeñas habitaciones: una, el *refugio* público, contiene nueve camas de campaña; una estufa, dos fogones, servicio de mesa, utensilios de cocina y provisiones de petróleo, te, café, conservas, caldo, etc., completan la instalación. La otra habitación, cerrada al público, es el *observatorio*, provisto de todos los instrumentos necesarios, entre ellos varios instrumentos registradores que se regulan cada quince días.

La inauguración definitiva del refugio del Monte Blanco tuvo lugar el día 19 de agosto último. Monsieur Janssen, del Instituto, y M. Durier, presidente del Club alpino francés, en unión de M. Vallot verificaron en esta fecha la ascensión hasta el refugio, en donde pasaron unos días.

Durante esta interesante excursión pudieron estudiarse en aquellas alturas los ciclones que en aquellos días asolaron tantas comarcas, habiendo la cabaña resistido perfectamente los furiosos embates del huracán, que al decir de M. Vallot debió tener una velocidad de 100 metros por segundo.

He aquí en qué términos describe el mismo señor esta tempestad:

«La tempestad era interesante, por lo que la estudié noche y día. El barómetro y el *estatóscopo* presentaban continuamente bruscas variaciones con menos de medio minuto de intervalo: la amplitud de estas variaciones era, algunas veces, de varios milímetros en un segundo. Estas bruscas variaciones que mis barómetros registradores me habían ya indicado, son producidas por torbellinos superiores que no descienden hasta el valle y que no son sensibles en Chamonix: no me pesa haberlos visto tan de cerca y estudiádolos con el estatóscopo.»

M. Vallot termina su relato, del que hemos entresacado las anteriores líneas, con el siguiente párrafo:



Fig. 2. El refugio del Monte Blanco después de construído

«En suma, mi pequeño observatorio ha recibido el bautismo de la tempestad y ha resistido admirablemente. Animado por este resultado, el año que viene ensancharé el refugio, actualmente demasiado pequeño, duplicando, cuando menos, la superficie, y quizás lo dividiré en cuatro habitaciones para que pueda trabajarse en él cómodamente.»



EL «NEVERSINK,» BARCO INSUMERGIBLE

En distintas ocasiones ha habido hombres bastante audaces para emprender largas travesías en frágiles embarcaciones, pero los resultados no han correspondido á las esperanzas, y en algunos casos ha estado en inminente peligro la vida de aquellos intrépidos navegantes. Dígalo, si no, entre otros el capitán Rogers, de Boston, que después de cuarenta y cinco días de surcar los mares en una pequeña lancha fué recogido casi moribundo por un schooner, que lo condujo á Nueva York, en uno de cuyos hospitales estuvo siete semanas entre la vida y la muerte.

En cambio, sólo una expedición ha podido llevar á feliz término el atrevido proyecto de atravesar los mares en un barco de reducidas dimensiones.

Por el mismo tiempo en que el capitán Rogers fracasaba, como hemos dicho, en su tentativa, el capitán Josiah W. Lawlor, también de Boston, el marino noruego Hans Hansen, y Mr. Ed. Mac-Kinney acometían la temeraria empresa de cruzar el Atlántico en condiciones análogas á las anteriores tentativas. La embarcación de que se sirvieron fué un yawl de 8 toneladas, de una longitud total de 10'98 metros y de 9'15 en la línea de flotación, de quilla fija, con un mástil de 12 metros de altura y un velamen de

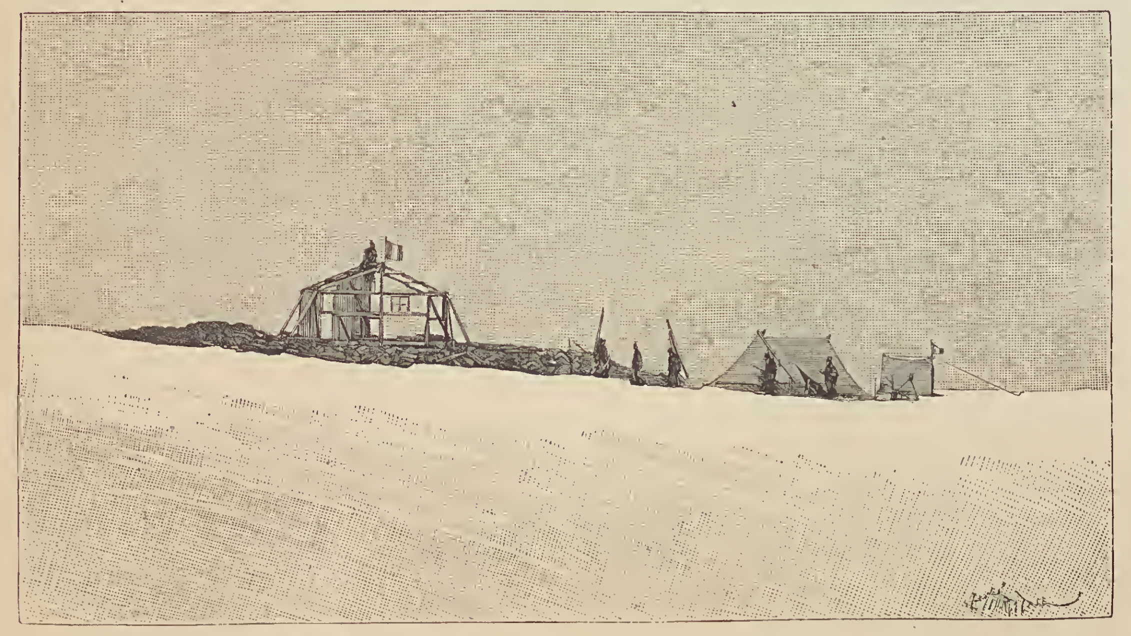


Fig. 1. La estación científica más alta del mundo. – Refugio de M. J. Vallot en el Monte Blanco á 4.400 metros de altura, durante su construcción. (De una fotografía.)

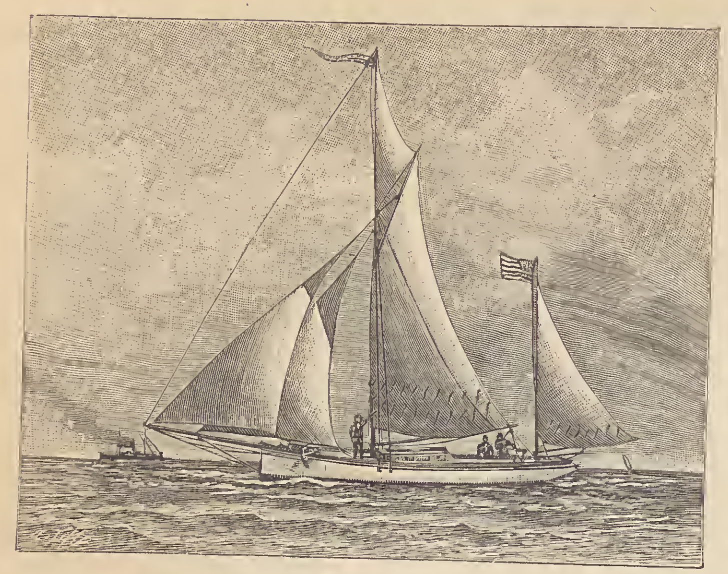


Fig. 1. El *Neversink,* barco insumergible durante su travesía del Atlántico

unos 63 metros cuadrados de superficie (figs. 1 y 2). Este barco fué construído por M. Lawlor, constructor de primer orden y padre del capitán de aquél, según el plano adoptado por M. Norton para las embarcaciones de salvamento de su sistema, que, al decir de este ingeniero, son insumergibles. De aquí el nombre de *Neversink* (que nunca se sumerge) dado al yawl de que nos ocupamos.

Para conseguir su objeto, M. Norton suprime el lastre substituyéndolo por depósitos de agua que se llenan automáticamente en pocos segundos, en cuanto el barco entra en el mar, y forman un *water-ballast* que se extiende en toda la longitud de la embarcación, como lo indica la parte de sombra DD del grabado (fig. 3). La parte superior que en éste aparece blanca A, A, A, A, B, B, está llena de aire comprimido, lo que asegura la estabilidad del barco.

El *Neversink* hizo felizmente su travesía, habiendo salido de Boston el día 23 de mayo y llegado al Havre el día 28 de junio de 1889. Los víveres para la tripulación se componían de conservas y de 675 litros de agua.

Los valientes marinos, además de la satisfacción de haber salido bien de su empeño, vieron recompensadas sus fatigas con una medalla de bronce que les adjudicó la Comisión de la Exposición Universal de París y con una autorización del Ministro de Marina francés para que su barco entrara en el arsenal de Cherburgo, en donde el *Neversink* ha sido objeto de profundos estudios.

No es esta la primera vez que la marina francesa fija su atención en las embarcaciones del sistema Norton, pues en 1885 una comisión oficial asistió á algunas pruebas que se hicieron primero en el Havre y luego en la desembocadura del Gironde y en las cuales doce hombres no pudieron tumbar un barco á fuerza de brazos, y cuando lograron su intento con ayuda de un cabrestante la embarcación recobró su posición normal apenas se soltó la cuerda.

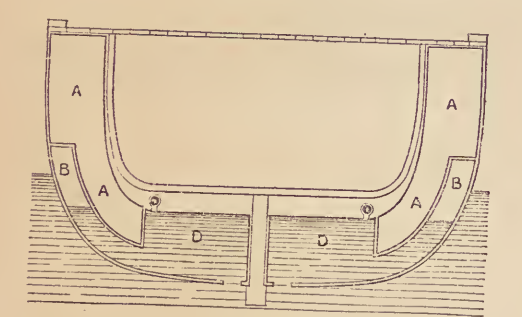


Fig. 3. Sección transversal del barco insumergible DD Water-ballast. – A, A, A, A, B, B, cajones de aire comprimido.

Igual ensayo se practicó en 1889 con el *Neversink:* en el extremo del mástil se ató un cable del que luego se tiró hasta dejar el barco tumbado; pero en cuanto se cortó bruscamente la cuerda, la embarcación recobró su horizontalidad casi sin oscilaciones.

En cuanto á su navegabilidad y á su estabilidad, los resultados de la travesía del Atlántico prueban que son excelentes.

La *Norton Naval Construction and Ship Building Company* está persuadida de que en el porvenir todos los buques se construirán según su sistema, y en sus oficinas hay innumerables planos de barcos de todas dimensiones, pues M. Norton asegura que su sistema puede aplicarse, así á la modesta canoa de salvamento como á un acorazado de 10.000 toneladas.

Si el inventor no se equivoca, y hasta el presente nada induce á creer que se haya equivocado, su descubrimiento merece llamar muy seriamente la atención de los marinos.

***

TROMPO MAGNETO-ELÉCTRICO DE M. TRUFFERT

Trátase nada menos que de una máquina magneto contenida en un trompo exteriormente parecido á todos los juguetes de esta clase: dos pequeños mangos pueden adaptarse á un eje vertical y tienen un resorte que permite la atracción. Para hacer funcionar el trompo basta, como lo indica la parte inferior de la figura, apoyar uno de los mangos sobre el eje central de aquél, tirar violentamente del otro y retirar muy de prisa los dos mangos.

Veamos ahora el interior del trompo.

Encontramos primeramente en A, en una caja metálica, tres piezas de hierro imanadas y dispuestas como lo muestra el grabado: en la parte central hay un eje que sirve de punto de apoyo al carrete de la máquina magneto. En B, un disco de cinc sostiene tres carretes de madera C con alambres arrollados y montadas en tensión: uno de sus extremos va unido al disco de cinc y el otro comunica con una pequeña pieza de madera D, montada sobre el mismo disco. En la prolongación del montante de madera D y al otro lado del disco hay fijada una barrita que atraviesa la segunda caja metálica E (que sirve de protección exterior al trompo) y está provista de una pequeña rueda dentada.



Fig. 2. El *Neversink* anclado con la arboladura tumbada

Esta última parte del trompo está representada por separado en el grabado.

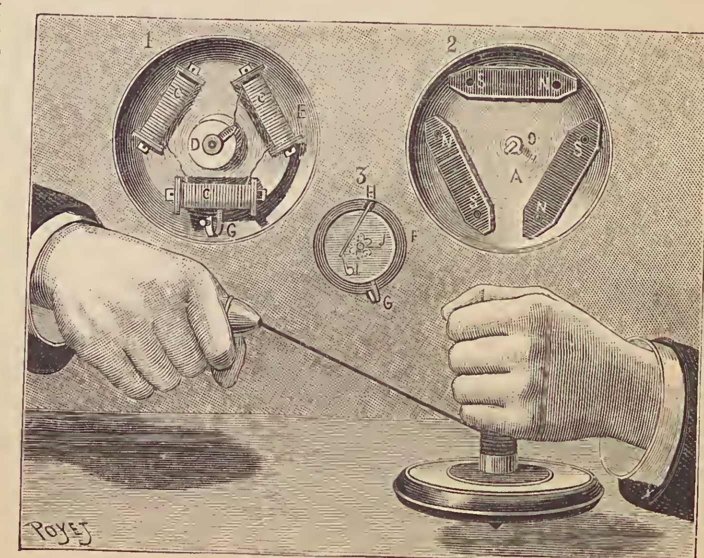
En F hay un pequeño disco anular de cobre que tiene en un lado un botón G, que se puede manejar desde el exterior del trompo y que permite hacer girar al disco en un determinado espacio. Además, el disco lleva un travesaño de cobre horizontal soldado en un punto H y apoyado en I sobre un contacto unido al centro del trompo: en J se encuentra la abertura por donde pasa la barrita del carrete de que antes hemos hablado.

Veamos cómo funciona este aparato.

Cuando se hace girar un mango tirando sobre el otro, el carrete cambia de lugar en un campo magnético y se produce una corriente de inducción. Gracias á las comunicaciones establecidas, el operador se encuentra en contacto con las bornas de la máquina magneto; además el carrete al girar hace mudar de sitio la rueda de contacto que establece y rompe el circuito á cada instante, recibiendo el operador á cada momento una sucesión de sacudidas más ó menos agradables.

Con este trompo sería fácil á cualquiera seguir un pequeño tratamiento eléctrico.

(De *La Nature*)



Trompo electro-magnético. – Modo de hacerlo funcionar y detalle del mecanismo

NOTICIAS CIENTIFICAS

La asfixia producida por las granadas de artillería. – Las granadas cargadas con melinita hacen en el suelo agujeros mucho más profundos que las granadas ordinarias, y los artilleros han observado que para introducirse en las cavidades de este modo abiertas es preciso adoptar las mayores precauciones.

Sucede, en efecto, que aun una hora después de haber caído el proyectil, la atmósfera que en tales agujeros se respira es absolutamente deletérea, y más de un caso de asfixia lo demuestra suficientemente. Los artilleros, sorprendidos por la dificultad con que se disipaban esos gases no respirables, se preguntaban si la tierra á cuyo contacto la explosión se verifica ejercería quizás una especie de facultad de oclusión cuyo resultado sería una verdadera combinación química de la cual se escaparía el gas poco á poco.

Sometida esta cuestión al ilustre químico M. Berthelot, éste ha presentado á la Academia de Ciencias de París un informe del resultado de sus estudios. En su notable trabajo, empieza por reconocerse que la substancia tóxica consiste en óxido de carbono que, como es sabido, produce la muerte aun respirado á dosis extremadamente pequeñas. En segundo lugar, afirma M. Berthelot que este gas no tiene para la tierra mayor afinidad que el aire mismo y que se le puede extraer por los mismos medios que se extrae éste, con igual facilidad y de una manera igualmente perfecta. La ventilación basta para desalojarlo de un sitio cualquiera, pero tiene que ser muy prolongada para conseguir completamente el objeto.

Esta conclusión es tanto más importante cuanto que tiene su aplicación en las galerías de las minas en donde hoy en día se emplean con frecuencia cartuchos de melinita y de algodón pólvora, que causa los mismos efectos que aquélla.

Habíase planteado el problema de si podría encontrarse un absorbente que fijara el óxido de carbono y restituyera á la atmósfera viciada sus cualidades higiénicas; pero hasta el presente no se conoce ningún reactivo á propósito para lograr este resultado, pues si bien existen absorbentes, como el cloruro de cobre amoniacal, éstos son muy caros y no menos nocivos que el gas en cuestión.

***

El alumbrado eléctrico en Berlín. – Es interesante seguir paso á paso los progresos del alumbrado eléctrico; por esta razón vamos á consignar algunas cifras relativas al número de lámparas de arco y de incandescencia actualmente instaladas en Berlín, tomadas de la memoria del Curador de esta ciudad.

En 31 de marzo de 1888, Berlín poseía 2.249 lámparas de arco y 45.552 de incandescencia, y en 31 de marzo de 1889 el número de las primeras ascendía á 3.622 y el de las segundas á 62.816, ó sea un aumento de 1.373 y de 17.264 respectivamente.

El alumbrado público de Berlín comprende 104 lámparas de arco que alumbran hasta media noche en la *Leipzigerstrasse* y otras 104 en el paseo de los Tilos: de éstas, 56 alumbran toda la noche y 48 hasta las doce.

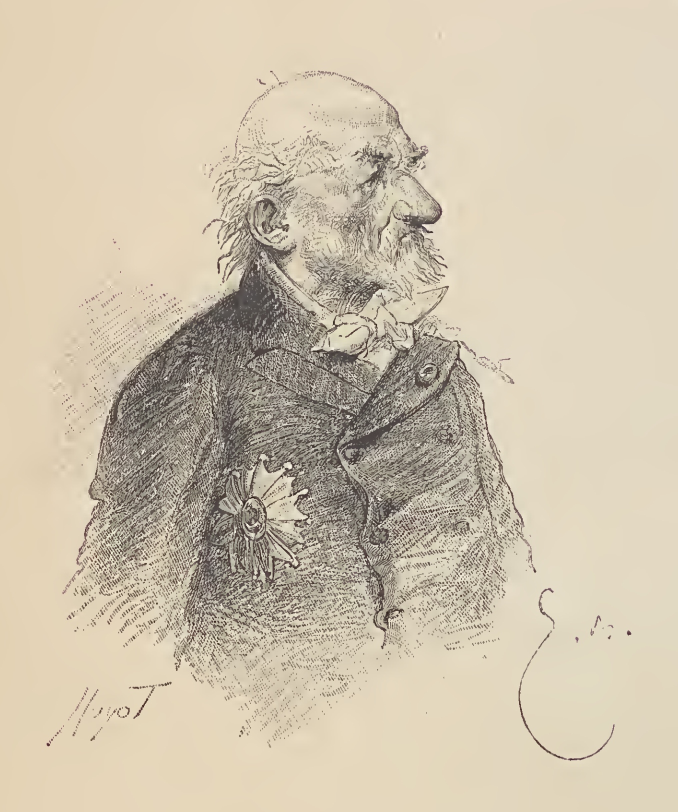
TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPEE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)



Además, el hermano de la condesa, el actual duque de Eylau, está casado desde 1829 con una de las más nobles herederas del arrabal de San Germán, una Croix Saint Jean, porque su padre el mariscal, cuyo carácter no igualaba al valor, habíase afiliado á todos los regímenes y había llevado un cirio en las procesiones del Corpus, en tiempo de Carlos X, acabando por ser gobernador de los Inválidos al principio de la monarquía de Julio.

Gracias á este cúmulo de dichosas combinaciones, reúnense en este salón de tendencia liberal grandes señores, orleanistas, cierto número de personajes oficiales y hasta algunos republicanos bien educados; y la condesa, admirable señora de casa, atrae también á su círculo á sabios, escritores, artistas, hombres ilustres de todas clases y mujeres jóvenes y bonitas.

Por causa de lo avanzado de la estación no hay aquella noche gran afluencia de gente en casa de la condesa Fontaine; y por tanto, haciendo caso omiso de algunos aristócratas sin importancia, cuyos abuelos han sido tal vez fabricados por el tío Issacar, Papillón señala á su amigo algunas celebridades.

Ved en primer término ese condecorado de la Legión de Honor, con un frac que parece procedente de una pollería: es Forgerol, el gran geólogo, el más intrigante y acaparador de los hombres de ciencia, poseedor de veinte productivas prebendas, para quien uno de sus compañeros del Instituto tiene reservado el siguiente epitafio: «Aquí yace Forgerol, en la sola plaza que no ha solicitado.»

Ese viejo de alta estatura, de cabeza venerable y temblona, cuyos cabellos blancos y finos parecen derramar beneficios y bendiciones, es M. Dussaut du Fossé, filántropo de profesión, presidente obligado de todas las obras de beneficencia, senador después de haber sido par de Francia y que dentro de algunos años cuando hayan pasado los prusianos y todos los desastres, vegetará dedicándose á negocios obscuros y acabará en la policía correccional.

Pedante de pies á cabeza, espetado en su corbata, colocado en su actitud favorita junto á la chimenea del salón, que sólo está llena de flores y delante de la cual trata probablemente de perfumarse las pantorrillas, aquel otro antiguo hombre de Estado, cuyos rudos cabellos grises se asemejan á uno de esos plumeros que sirven para limpiar telas de araña, y que por su testarudez de mulo ha contribuído mucho á la caída de la última monarquía, es escuchado con respeto y tratado de «querido maestro» por un orador republicano que empieza á declinar en sus convicciones rojas, y que pronto, como ministro del imperio liberal, hará lo posible por precipitar la total ruina del régimen.

Aunque Amadeo se halla todavía en la edad del respeto, los nombres de estas notabilidades, pronunciados por Papillón con cierto balbuceo de deferencia, no impresionan al poeta tanto como los de otros concurrentes que pertenecen al mundo de las letras y de las artes. Al fijarse en ellos, el joven se sorprende y hasta se entristece algo, considerando el desacuerdo que existe entre sus fisonomías y el género de su talento. El poeta Leroy de Saules tiene la altiva actitud y el rostro apoloniano que corresponden á la noble y perfecta belleza de sus versos; pero Eduardo Durocher, el Veronés del siglo XIX, el pintor del lujo y de la alegría, es un hombre grueso, muy vulgar, que lleva bigotes recortados como un jefe de claque, y Teófilo de Sonis, el elegante narrador, el novelista de las mundanas, tiene la nariz cobriza y la áspera barba de un capitán de carabineros.

Pero lo que sobre todo preocupa y absorbe la atención de Amadeo son las mujeres del gran mundo, que ve de cerca por primera vez. Algunas son viejas é inspiran horror: las joyas de que están cubiertas hacen más chocantes su aspecto de cansancio incurable, sus ojos mortecinos, sus perfiles demacrados y sus flojos y caídos labios de dromedario. El escote, que es de etiqueta en las recepciones de la condesa Fontaine, y que muestra entre encajes, ora blandas gorduras, ora delgadeces de esqueleto, es tan ridículo como un elegante dolmán de húsar colocado sobre la espalda de un viejo coronel arrugado y calvo.

Ante estas caducidades ajadas, el joven siente con espanto desvanecerse en él el respeto debido á la edad.

No quiere, pues, mirar más que á las mujeres jóvenes y bellas, cuyo busto se escapa del corsé y que tienen en los labios una sonrisa triunfal, flores en los cabellos y diamantes sobre la piel. Pero tanta carne desnuda le intimida, y Amadeo, criado en el París del pueblo modesto y puritano, se turba hasta bajar la vista ante tantos brazos, gargantas y hombros, y recuerda de súbito á María Gerard, tal como se la encontró el otro día, cuando iba á trabajar al Louvre, fresca, vestida de color obscuro, desbordando su magnífica cabellera por debajo de la cerrada capota, y llevando en la mano su caja de pinturas. ¡Ah! ¿Por que no le ama María? ¡Cuánto prefiere él aquella rosa envuelta entre espinas á estas peonías tan abiertas! ¡Qué encanto tan divino tiene el pudor!

La enorme y amable condesa se dirige al poeta, que se siente en extremo turbado y le ruega que recite algunos versos: Amadeo se ve precisado á hacerlo, y vuelto de espaldas á la florida chimenea, perfumándose también á pesar suyo las pantorrillas, complace á la dueña de la casa, obteniendo afortunadamente un nuevo éxito. Todas las peonías, exageradamente escotadas, que no comprenden gran cosa de versos, pero que encuentran muy guapo á aquel morenito de ojos azules y de mirada ardiente y melancólica, le aplauden tanto cuanto se lo permite la estrechez de sus guantes. Todos le rodean y le felicitan. La condesa le presenta al célebre poeta Leroy de Saules, que le cumplimenta con una palabra adecuada y le invita paternalmente á ir á su casa. Hubiera sido aquel un buen momento para Amadeo, si una de aquellas viejas señoras de labios de camello, cuyas medias son probablemente tan azules como sus párpados, no le hubiese acaparado durante un cuarto de hora, haciéndole sufrir una especie de examen de bachillerato sobre poesía contemporánea.

Por último, el poeta se retira de casa de la condesa, confortado con una taza de te é invitado á comer para el martes siguiente, y no bien sube al coche con Arturo Papillón, le da éste un gran golpe en el muslo con la palma de la mano, diciéndole alegremente:

– ¿Qué tal? Ya estás en camino.

Es verdad, está en camino, y respondo de que destrozará más de un frac negro antes de saber todo lo que significa la acción de «frecuentar el mundo,» que no parece nada á primera vista, y que no es nada en sí, pero que para quien tiene que trabajar implica movimiento inútil y tiempo perdido.

¡Está en camino y empieza bien, con un convite! Desde el martes próximo en casa de la condesa Fontaine, que apenas come y que sólo bebe agua, podrá saborear un salmón inquietante y vinos abominables que le serán servidos por un maestresala llamado Adolfo, que debía más bien llevar el nombre de Exili ó de Castaing, y que en quince años, á lo sumo, de servir en casa de la condesa, ha logrado hacerse propietario en París de dos buenas casas de vecindad de cinco pisos. Por ahora todo va bien, porque el poeta tiene estómago de veinte años y digerirá aunque sean botones de uniforme; pero á la vuelta de media docena de inviernos de ser servido por esos Borgias de medias de seda negra y guantes de algodón, que desean hacer ahorros, ya veremos cómo se las compone con sus dispepsias el pobre convidado. Sin embargo, el banquete del martes es divertido y merece que se hable de él. Desde que se sirve el salmón sospechoso, el hombre de Estado con cabeza de zorros de limpiar paredes, el que ha derribado inconscientemente al pobre Luis Felipe, comienza á pronunciar un discurso para explicar que, si hubiesen oído sus consejos, la dinastía de este rey constitucional estaría aún en el trono; y en el momento en que el maestresala envenenador llena las copas del Pomard más venenoso, la señora anciana que se parece á un dromedario con pendientes, hará sufrir á su desgraciado vecino Amadeo un nuevo examen oral sobre los poetas del siglo XIX, preguntándole (pregunta lisonjera para un compañero) qué opina de las deudas escandalosas de Lamartine, del orgullo insensato de Víctor Hugo y de las costumbres intemperantes de Alfredo de Musset.

¡Ya está en camino el buen Amadeo! Devolverá visitas de digestión, aparecerá en los días en que se reciba en casa de la señora de tal y de otras muchas señoras de cual; y como principiante, permanecerá tontamente media hora en cada casa, hasta que se haga cargo de que los demás se limitan á entrar y salir, como los curiosos en la barraca de una giganta de alguna feria. Verá desfilar

ante él (pero ahora acorazados de terciopelo y raso) todas las gargantas y hombros que ya conoce: los que le disgustan y los que le obligan á ponerse colorado. Y cada señora de tal que entre en casa de otra señora de cual, se sentará al



borde de un diván ó de un sillón, y dirá siempre lo mismo, la misma cosa fatal, la única que puede y debe decirse hoy en día al principio de todas las conversaciones; por ejemplo: «¿Conque ha muerto ese pobre general?» O bien: «¿Ha visto usted la obra estrenada en el Teatro Francés? No es gran cosa, ¡pero está tan bien ejecutada!...» Aquello será delicioso, y Amadeo podrá admirar los cambios de fisonomía de la dueña de la casa. Cuando la señora A la entere de que la señora B casa á su hija con el sobrino de la señora C, aquélla, que apenas conoce á los aludidos, demostrará una alegría tan viva como si la anunciaran la muerte de una anciana tía suya, con cuya herencia cuenta para renovar los muebles de su casa. Por el contrario, si la señora D le dice que el niño de la señora E tiene la coqueluche, de repente, sin transición, la dueña de la casa, por un cambio de aspecto que haría la fortuna de una actriz, se mostrará consternada, como si de súbito supiera que el granizo había destruído todas las cosechas, ó que el cólera se había presentado en el barrio de los Mercados.

He dicho que Amadeo está en camino. Todavía algo inexperto, será mixtificado durante mucho tiempo por esas hipocresías, gestos y sonrisas falsas que dejan ver tantas dentaduras postizas. A primera vista todo le parece elegante, armonioso, delicado: ignora que la célebre cabellera de la princesa Krazinsca ha sido cortada de la cabeza de tres aldeanas bretonas en la última feria de San Juan del Dedo. ¿Cómo podría Amadeo comprender que el austero maestro Lemarguillier, el abogado clerical, ha estado gravemente comprometido en un asunto de moralidad, del que se ha salvado arrojándose á los pies del prefecto de policía, y pidiéndole por Dios «¡que no le perdiera!» Cuando se encuentra en un salón con el rey de la moda, el joven duque de La-Torre-Ten-Cuidado, descendiente del que estuvo en el puente de Taillebourg y que en la actualidad pone en boga un pantalón, Amadeo no puede sospechar, ¿no es cierto?, que el goce favorito de aquel elegante consiste en «matar el gusanillo» por la mañana, en compañía de su cochero, en la tienda de vinos de la esquina, jugando una partida de *mus*. Cuando la linda baronesa de los Nenúfares se pone encarnada hasta las orejas porque se ha pronunciado delante de ella una palabra inofensiva en la que encuentra, no sé por qué, una indecencia intolerable, no será ciertamente nuestro joven amigo el que adivine que, para pagar las deudas de juego de su tercer amante, aquella pudibunda persona acaba de vender secretamente joyas de familia de que no podía disponer.

Tranquilícense ustedes. Amadeo acabará por perder sus ilusiones. Llegará un día en que ya no tomará por lo serio la gran comedia de corbata blanca; pero sigan ustedes tranquilizándose, tampoco sentirá ya indignaciones de mal gusto. No; más bien compadecerá á esos desdichados del gran mundo condenados á la hipocresía y á la mentira, y excusará sus faltas y sus vicios haciéndose cargo del espantoso fastidio que les devora. Sí; tendrá en cuenta que un desventurado como el duque de La-Torre-Ten-Cuidado, que durante el invierno se ve obligado á oir diez y siete veces *La Favorita*, experimenta á veces la necesidad de una distracción violenta, y va á beber vino blanco con su criado. Convenimos en que Amadeo estará lleno de indulgencia, y que también será necesario perdonarle á él su fondo plebeyo y su nativa grosería; porque cuando haya sondado el vacío y la vanidad de la farsa mundana, reservará toda su simpatía para las gentes sencillas que están más cerca de la naturaleza. ¡Ah! ¡Sí, Dios mío! El poeta juzgará infinitamente más digno de estima al último de los trabajadores, prefiriendo un vendedor ambulante de refrescos á un político de salón perorando delante de la chimenea, y comparando á una vieja señora literaria, resplandeciente como un escaparate del Palacio Real y retocada como un caribe, con una pobre abuela de villorrio, dará la preferencia á esta última, que se presenta francamente arrugada y cubierta con su cofia blanca, y que á pesar de sus setenta y cinco años va todavía á limpiar de maleza su reducido campo de patatas.

XIII

Acaba de transcurrir algo más de un año.

Estamos en los primeros días de octubre.

Cuando se disipa la bruma de la mañana, el cielo tiene un azul límpido, y el aire es tan puro y fresco que Amadeo Violette, en su calidad de antiguo hijo de París, siente algunas veces el deseo de hacerse una cometa como cuando era pequeño, é ir á volarla en los taludes de las fortificaciones.

Pero esto no corresponde ya á su edad. La actual cometa de Amadeo es más frágil que la que de niño confeccionaba con cañas y papelotes encolados: no se eleva mucho y la cuerda que la amarra no es muy sólida. La cometa de Amadeo es su naciente reputación de poeta, y es preciso trabajar y sostenerla; y Amadeo trabaja siempre con una vaga y secreta esperanza de hacerse amar de María.

Por otra parte, no es tan pobre como antes. Ahora tiene doscientos francos mensuales en el ministerio, y de vez en cuando le compran alguna novela que se publica en los periódicos. Por esto ha dejado su buhardilla del arrabal de Santiago y habita en la Isla de San Luis, en un cuarto de una sola pieza, pero grande y clara, desde donde apoyado de codos en la ventana, puede ver los barcos que van y vienen por el río y la puesta del sol detrás de la iglesia de Nuestra Señora.

Amadeo trabaja especialmente en el drama destinado á la Comedia Francesa y está á punto de terminarle. Es un drama moderno, en verso, titulado *El obrador*. La acción es tan sencilla como la de una tragedia, pero él la cree patética y conmovedora; pasa entre gente del pueblo, y Amadeo supone que ha encontrado para el diálogo versos sencillos y al mismo tiempo sonoros, en los que no ha temido introducir ciertas palabras pintorescas y locuciones enérgicas del lenguaje de los trabajadores.

El agradecido poeta destina el principal papel á Jocquelet, que el año anterior se ha presentado con éxito en las *Picardías de Scapin*, y que desde entonces consolida su reputación; á Jocquelet que, como todos los actores cómicos, pretende también representar el drama, y que puede hacerlo, pero excepcionalmente, en condiciones particulares; pues á pesar de su grotesca nariz, tiene cualidades de fuerza y calor y dice bien los versos.

El personaje que debe representar en la obra de su amigo es el de un antiguo mecánico, honor de su oficio, especie de Nestor del arrabal, y este tipo puede acomodarse al rostro poco aristocrático de Jocquelet, quien además ha demostrado su habilidad en caracterizarse. Sin embargo, el actor no está enteramente satisfecho.

Acaricia también el sueño informe y monstruoso á la vez de casi todos los cómicos; desea, como los demás, lo que ellos llaman «un hermoso primer papel,» aunque no se explican con precisión en lo que consiste; pero en su imaginación llena de humo, se diseña confusamente un prodigioso Almanzor que sale á escena en una carretela de cuatro caballos á la Daumont, y se apea presentándose con un pantalón gris, botas de campana y una espetera de condecoraciones. Este personaje, seductor como Don Juan, valiente como Murat, poeta como Shakespeare, y caritativo como San Vicente de Paúl, debe en el primer acto inspirar un amor loco, frenético, á la primera dama joven, dispersar con el



viento de su espada á doce espadachines, dirigir á las estrellas, esto es, á los espectadores del tercer anfiteatro, una tirada de ochenta versos y recoger en los vuelos de su capa á dos niños expósitos.

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

La Tradición, escultura de D. Venancio Vallmitjana, premiada con medalla de primera clase en la última Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. – Sobresalen en esta obra del famoso escultor catalán dos cualidades, la grandiosidad y la sencillez, que nos recuerdan la antigua estatuaria clásica y que, lejos de ser antitéticas, como á algunos podrá parecerles á primera vista, hanse unido siempre para constituir esos admirables productos del arte escultórico que las remotas edades nos legaron.

La hermosa figura del Sr. Vallmitjana envuelta en el manto que en amplios y artísticos pliegues se ajusta su cuerpo, teniendo en su diestra el libro de la historia y á sus pies la coronada calavera, símbolo de la grandeza que fué, tendido el brazo y abiertos los labios en ademán de hablar á la posteridad; esa hermosa figura, majestuosa y severa, es la perfecta imagen de la Tradición, que conserva y transmite á las generaciones presentes las heroicas gestas del pasado que han de servirles de elocuente ejemplo para el porvenir. Por su expresión y por su actitud, es la tradición en el sentido más elevado de la palabra; la tradición de los grandes hechos y de los grandes hombres.

***

Visita interesada, cuadro de E. Pratje. – En distintas ocasiones hemos dicho que con un asunto insignificante y con sencillos elementos puede hacer un pintor de genio una obra encantadora, y cada día se ofrecen á nuestra vista nuevos cuadros que confirman esta opinión, cuadros que nada dicen y que, sin embargo, cautivan nuestros sentidos. Este género de pintura, por lo mismo que atiende exclusivamente á la forma, requiere en su ejecución condiciones de excepcional bondad para que resulte bello: el observador, á quien no distrae el interés del asunto, puede con ánimo más sereno apreciar los efectos de factura y se muestra en este punto tanto más exigente cuanto que sólo á este elemento del arte puede consagrar su atención.

Visita interesada pertenece á esta clase de obras y responde á las antes citadas exigencias de los amantes de la pintura: es un cuadro bien concebido, distribuído con acierto y notablemente pintado. La actitud de la figura es natural, el grupo de palomas resulta elegante, como elegantes son también las dos aves que volando se dirigen al comedero, y los detalles de la estancia y del jardín que en el fondo se descubren están perfectamente entendidos y acusan en quien los pintó talento claro y mano experta.

***

Una partida de sacanete, cuadro de W. Schwar. – La partida es empeñada, á juzgar por la atención que en ella tienen puesta los jugadores, y si, como es de suponer, ha de correr de cuenta del perdidoso el pago del vino consumido, fácilmente se explica que el juego interese tanto á los dos contendientes, pues las botellas vacías y las que se ven dispuestas á ser vaciadas indican que el gasto hecho no deja de ser de alguna monta. En cuanto á quién sea el que lleva más probabilidades de resultar convidado, sin vacilar apostaríamos á que es el personaje de la izquierda: su tranquila actitud, la seguridad con que espera la jugada del contrario y su semblante un tanto malicioso y si es no es burlón contrastan de tal modo con la preocupación é incertidumbre que reflejan el rostro y ademán del de la derecha, que no cabe la menor duda sobre este punto.

El autor de la *Partida de sacanete*, que tan bien ha sabido darnos á entender el argumento de la escena, puede estar satisfecho de su obra, ya que el mejor elogio que cabe hacer de un cuadro es decir que se explica por sí solo, como con el de W. Schwar sucede, á fuerza de la naturalidad y de la expresión que en él ha sabido imprimir el pintor.

***

Aposentadores del ejército ruso en tiempo de maniobras, dibujo de Cokolobckaro. – La vida militar, sobre todo en tiempo de campaña ó de maniobras, se presta extraordinariamente á que el dibujante llene álbumes y más álbumes con croquis de los variados y pintorescos cuadros que de continuo á su estudio se ofrecen. Como todas las que en los distintos países de Europa se verifican de unos años á esta parte y con las cuales los pueblos modernos siguen el antiguo consejo de *si vis pacem para bellum*, las últimas maniobras del ejército ruso han proporcionado asuntos á granel á los artistas que las han presenciado, y de ellas está tomado el dibujo que reproducimos, debido á la pluma del ruso Cokolobckaro, y que no titubeamos en calificar de conjunto de primores: la espontaneidad y exactitud con que están dibujados los hombres, los animales, la rústica cabaña y cuantos objetos figuran en el paisaje, prueba elocuente son de que no pecamos de exagerados; y si no bastaran las bellezas apuntadas para convencer á nuestros lectores, fíjense en el efecto de perspectiva obtenido con la menor suma de recursos y artificios posible, y comprenderán que no el deseo de prodigar alabanza, sino el espíritu de justicia nos ha movido á usar un calificativo tan encomiástico.

***

Monumento erigido en Módena en honor de Víctor Manuel, obra de José Ghibellini. – El día 24 de junio último, el rey Humberto, acompañado de su primogénito, inauguró en Módena el monumento levantado á la memoria de su augusto padre.

Este monumento, obra del escultor modenés José Ghibellini, mide 13 metros desde la base al vértice y descansa sobre tres escalones de granito. El pedestal, de granito rosa de Baveno, es de estilo dórico: de una primera base cuadrada arrancan dos cuerpos salientes, en dirección Este y Oeste respectivamente, y en las cuatro caras hay escritas en letras de bronce otras tantas inscripciones.

En el cuerpo saliente que mira al Oeste está sentada la estatua de *Italia*, de 3'60 metros de altura. Esta figura, modelada con gran valentía, sostiene en su derecha el haz de los lictores, y con el brazo izquierdo señala la roca en donde está escrita la palabra *Statuto*, detrás del escudo de la casa de Saboya, con lo cual ha querido significar el escultor el pacto estrechado entre ésta y el pueblo italiano para la redención de la patria.

En el cuerpo saliente del Este, ó sea en la parte posterior del monumento, hay un león soberbiamente colocado, símbolo de la fuerza popular, que custodia la bandera tricolor extendida encima de él en una cornisa.

De esta doble base de granito arranca el pedestal, adornado con las armas de Italia, de la casa de Saboya y de Módena, sobre el que se alza la estatua de Víctor Manuel, vuelta de cara á la ciudad. El rey lleva en la espalda el *spencer* y sostiene con la mano derecha el casco, teniendo la izquierda apoyada en la empuñadura de la espada. A sus pies abre las alas para emprender el vuelo el águila saboyana.

***

En el jardín, cuadro de Gustavo Courtois, grabado por Baude. – Si considerado desde el punto de vista de la pintura de paisaje es por muchos conceptos notable el cuadro de M. Courtois, su valor sube de punto teniendo en cuenta que la figura en él puesta es un acabadísimo retrato, pintado con tanta elegancia como soltura, de la esposa del célebre pintor Dagnan Bouveret, que obtuvo el premio de honor en el Salón de 1889 por sus *Aldeanas de Bretaña en la romería* que publicamos en el número 398 de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Correctamente dibujada, colocada con verdadera gracia y naturalidad, destacando la blancura de su airoso traje sobre el fondo de árboles y arbustos, puede decirse que la figura de Mme. Dagnan está tan bien sentida como concienzudamente ejecutada.

Del grabado ¿qué diremos? Lleva la firma de Baude, y éste es su mejor elogio.

***

Pescador de almejas, cuadro de D. Dionisio Baixeras, grabado por Baude (Salón de París de 1890). – Ya en el número 452 de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA expusimos á grandes rasgos el concepto que nos merecía como pintor nuestro paisano el Sr. Baixeras. Todos los elogios que en aquella ocasión le dedicamos á propósito del cuadro *En la playa*, denlos por reproducidos y aun aumentados nuestros lectores, con motivo de la publicación del *Pescador de almejas*. Y decimos aumentados, porque siendo este cuadro de mayor empuje que aquél y estando pintado con el mismo acierto, sus bellezas han de aumentar naturalmente en proporción á la importancia del asunto.

La especialidad del Sr. Baixeras es la gente de mar, y dentro de esta clase, los marineros de nuestro puerto y de las hermosas playas que á uno y otro lado de nuestra ciudad se extienden: pocos como él han estudiado sus tipos, sus ocupaciones y sus costumbres, pero también pocos como él han logrado reproducirlos con perfección tanta, que para los que estamos acostumbrados á ver continuamente los modelos, no tienen los cuadros de Baixeras punto alguno vulnerable.

El *Pescador de almejas* es el retrato exacto de uno de esos jubilados del oficio que no pudiendo ya resistir las fatigas que la pesca en alta mar trae consigo, y sintiendo en tierra la nostalgia de los mares, se resigna á cruzar las aguas del puerto y se entretiene en coger, á falta de cosa mejor, los pequeños moluscos que entre las rocas se crían.

Este cuadro de excelente dibujo y de acertado y justo colorido figuró en el último Salón de París, en donde dejó bien sentado el pabellón del arte pictórico catalán.

***





MÁS VALE LLEGAR Á TIEMPO QUE ESPERAR UN AÑO

Imp. de Montaner y Simón